



La Amistad de Cristo

Robert Hugh Benson

La Amistad de Cristo

Robert Hugh Benson

The Friendship of Christ

by
ROBERT HUGH BENSON

Longmans, Green,
and Co.

Fourth Avenue & 30th Street, New York
London, Bombay, and Calcutta
1912

Nihil Obstat
Remigius Lafort, D.D.
Censor.

Imprimatur
+ John Cardinal Farley
Archbishop of New York.
New York
February 28, 1912.

Edición sin valor comercial.
© Jorge Benson
Moldes 1157 – Buenos Aires.

La Amistad de Cristo

**p. Robert Hugh Benson
Inglaterra, 1912.**

**Traducción y adaptación
p . Jorge Benson
Argentina, 2012.**



Robert H. Benson nació en Inglaterra en 1871.

Hijo del entonces Arzobispo de Canterbury y Primado de la Iglesia de Inglaterra, estudió en Eton y Cambridge, y en 1895 se consagró como ministro anglicano.

Cuando descubrió las maravillas de la Iglesia Católica adhirió a ella con toda libertad y determinación, superando no pocos obstáculos, desde inconvenientes prácticos hasta dolorosas incomprensiones.

Fue ordenado sacerdote católico en 1904.

Destacó como predicador, escritor, conferencista en Europa y Estados Unidos. De sus más de cuarenta obras, *Lord of the World* (*Señor del mundo*) es una de las más conocidas.

Murió a los cuarenta y dos años de edad en 1914, y después de la Gran Guerra, lamentablemente, muy pocos se acordaban de él.

Presentamos, de entre sus obras, esta pequeña joya de la espiritualidad. Hemos intentado hacerla accesible para todos los que, sensibles a la amistad, quieran hacerse amigos del mejor Amigo de todos. Y para todos los que, conociendo a Cristo, se animen a acercarse más a Él. Benson nos ayuda a ver a Cristo delante nuestro, con los brazos abiertos, esperándonos...

Originalmente estos capítulos fueron sermones, predicados entre los años 1910 y 1911, publicados en Nueva York un año después, hace exactamente un siglo.

El texto en inglés puede encontrarse en la Biblioteca de la Universidad de Notre Dame, EEUU, en el sitio <http://archives.nd.edu/episodes/visitors/rhb/fc.htm>.

Sólo nos queda desear que, al traducirlo y adaptarlo a nuestros lectores, hayamos sido fieles transmisores de la expresión clara y convincente, de la argumentación lógica e inteligente, del fervor y piedad de Monseñor Robert Hugh Benson.

En Buenos Aires, octubre de 2012.

1

Descubriendo al Cristo Amigo

No es bueno que el hombre esté solo.¹

La amistad es una de las vivencias más fuertes y misteriosas de la vida humana.

Los filósofos materialistas suelen reducir las emociones más sublimes, como el arte, la religión, el romance, a los instintos puramente carnales de propagación o conservación de la vida física; pero sus teorías no alcanzan para explicar las formas de amistad que se dan entre varones, entre mujeres, o entre varón y mujer.

La amistad no es una mera manifestación del sexo, y así David puede decir a Jonathan: *“Tu amistad era para mí más maravillosa que el amor de las mujeres”*;² ni es una simpatía derivada necesariamente de intereses comunes, porque el sabio y el loco pueden formar una amistad tan fuerte como puede darse entre dos sabios o dos locos; ni es una relación basada en el intercambio de ideas, porque las amistades más profundas prosperan mejor en el silencio que en la conversación. Y así dice Maeterlinck: *Ningún hombre es realmente mi amigo, hasta que no aprendimos a estar juntos en silencio.*

¹ Gen 2: 18

² 2 Sam 1, 26

Y decimos que es una realidad tan poderosa como misteriosa. Es capaz de elevarse a un nivel de pasión mayor que el de las relaciones entre los sexos, ya que es independiente de los elementos físicos necesarios para el amor entre esposo y esposa. La amistad no busca ganar ni producir nada. Al contrario, puede sacrificarlo todo. Incluso donde no pareciera haber un motivo sobrenatural, podría reflejar en un plano natural las características de la caridad divina, incluso más claramente que el amor matrimonial sacramental. Así, como dice san Pablo, en la amistad también “*el amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece...no procede con bajeza, no busca su propio interés... El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta...*”³. Por eso, aunque puede prescindir de la sexualidad, la amistad podría ser la sal del matrimonio perfecto.

La amistad es uno de los aspectos supremos de la experiencia humana, como el arte, como lo fuera la caballería, incluso como la religión, y no es ciertamente el menos noble.

Por otro lado, casi no hay una experiencia más sujeta a la desilusión. Puede endiosar bestias, y decepcionarse al encontrar que son humanas. No hay peor amargura en esta vida que cuando un amigo nos falla, o cuando le fallamos a él. Aunque la amistad tiene en sí misma un cierto aire de eternidad, que aparenta trascender todos los límites naturales, no hay emoción tan a merced del tiempo. Somos capaces de forjar una amistad, pero podemos crecer fuera de ella, y estamos continuamente haciendo nuevos amigos. Como puede ocurrirnos en la religión, en la que progresamos en el conocimiento del verdadero Dios mientras vamos formando imágenes e ideas inadecuadas de la divinidad, que en su momento adoramos, pero que vamos cambiando por otras. Mientras estamos en la infancia vamos descartando cosas infantiles.

³ I Cor. 13, 4-7

La amistad es una de las pasiones más sublimes, de esas que se alimentan de las cosas terrenales, pero que son continuamente insatisfechas con ellas. Pasiones que nunca se consumen, pasiones que hacen historia, que miran siempre hacia el futuro y no hacia el pasado.

Pero la amistad es una pasión que, tal vez sobre todas las demás, ya que no se agota en elementos terrenales, apunta a la eternidad para su satisfacción y al amor divino para responder de sus necesidades humanas. No hay sino una explicación inteligible para los deseos que genera y que nunca cumple; hay una amistad Suprema a la que apunta toda amistad humana; un Amigo Ideal en el que encontramos de un modo perfecto y completo aquello que buscamos entre sombras en los rostros de nuestros amores humanos.

I. Esto es, a la vez, un privilegio y una responsabilidad de los católicos, que conocen tanto a Jesucristo.

Es su privilegio, ya que un conocimiento inteligente de la persona, los atributos y las obras del Dios encarnado es una sabiduría infinitamente mayor que el resto de las ciencias en su conjunto. Conocer al Creador es incalculablemente más que conocer su Creación.

Pero es también una responsabilidad; porque el resplandor de este conocimiento puede ser tan grande como para impedirnos ver el valor de sus detalles. El brillo de la divinidad de Cristo puede eclipsar Su humanidad, como podríamos perder la unidad del bosque si nos quedamos en la perfección de los árboles.

Los católicos entonces, más que otros, son propensos, con todos sus conocimientos de los misterios de la fe, de Jesucristo como su Dios, Sumo Sacerdote, Víctima, Profeta y Rey, a olvidar que *Sus delicias son estar con los hijos de los hombres* más que reinando sobre los serafines; a olvidar que, si la Majestad divina lo mantenía *sentado en el trono de su padre*, su Amor lo hizo venir a transformar a Sus siervos en Sus amigos.

Así, por ejemplo, hay personas muy piadosas que a menudo se quejan de su soledad en la tierra. Rezan, frecuentan los sacramentos, hacen todo lo posible para cumplir con los preceptos cristianos; y, cuando cumplieron con todos sus deberes, se sienten solas. Eso es prueba evidente de que no entendieron uno de los grandes motivos de la Encarnación. Adoran a Cristo como Dios, se alimentan de él en la Comunión, se purifican con su preciosa Sangre, esperan verlo cuando venga como su Juez. Y, sin embargo, no experimentaron nada o casi nada de ese conocimiento íntimo y ese compartir con El en que consiste la Amistad divina.

Quisieran alguien a su lado y a su nivel, que no sólo les alivie un sufrimiento sino que sea capaz de sufrir con ellos, alguien a quien expresar en silencio los pensamientos que no pueden expresar con palabras. Y no se dan cuenta que ese es precisamente el lugar que Jesucristo mismo quiere ganarse. No ven que el supremo anhelo de su Sagrado Corazón es ser admitido, no solamente en el trono del alma o en el tribunal de conciencia, sino también en ese secretísimo lugar del corazón donde uno es más verdaderamente uno mismo, y donde uno está, por lo mismo, más completamente solo.

¡Los Evangelios abundan en expresiones de este deseo de Jesucristo! Es cierto que hay momentos en los que el Dios hecho Hombre manifiesta Su Gloria. Momentos en los que la ropa que vestía Jesús resplandece por Su divinidad. Momentos de manifiesto poder divino, cuando ojos que estaban ciegos se abrían a la luz, cuando oídos que estaban sordos para los ruidos terrenales oían la voz divina, cuando los muertos irrumpían de sus tumbas para mirar a Quien primero les había dado la vida y ahora se la recuperaba.

Pero también hubo momentos terribles, cuando Jesús se apartaba, a solas con Dios, en el desierto o en el huerto, cuando Dios clamaba, a través de los labios de Su humanidad desolada, *¿por qué me has abandonado?*

Pero los evangelios nos hablan, sobre todo, de la humanidad de Cristo. Esa que lloraba a su semejante, esa que fue tentada, esa que sentía como nosotros: *Jesús quería mucho a Marta, a su hermana y a Lázaro.*⁴; *Jesús lo miró, y lo amó.*⁵ Lo amó, parecería, con una emoción distinta del Amor divino, que ama ciertamente a todo lo que hizo. Lo amó por el ideal que ese joven podía realizar, más que por el simple hecho de existir, como existían tantos otros como él. Lo amó como yo amo a mi amigo, como Él me ama a mí.

Tal vez en esos momentos, más que en otros, Jesús estimó aún más Su humanidad, y se mostró más claramente como uno de nosotros.

Jesús quiere atraernos, no cuando es elevado en la gloria de Su divinidad que triunfa, sino cuando se anonada en Su humanidad humillada.

Sus obras portentosas nos llenan de asombro y suscitan nuestra adoración. Pero cuando leemos cómo se sentó, cansado, en el borde del pozo, mientras sus amigos iban a buscar comida; o cuando, en el Huerto, reprochó en agonía a aquellos de quienes esperaba consuelo: *¿no pudieron permanecer despiertos ni una hora conmigo?*⁶; o cuando miró y llamó por última vez, con ese nombre sagrado, al que había perdido para siempre el derecho a serlo: *Amigo, ¿para eso has venido?*⁷. Entonces nos damos cuenta que Jesús aprecia, mucho más todavía que la adoración de todos los Ángeles en la gloria, la ternura, el amor y la compasión, es decir los sentimientos propios de la amistad.

Más todavía, Jesucristo nos habla más de una vez en las Escrituras, y no meramente de manera implícita, sino clara y deliberadamente, de este deseo suyo de ser nuestro amigo. Por ejem-

⁴ Jn. 11: 5.

⁵ Mc. 10: 21.

⁶ Mt. 26: 40.

⁷ Mt. 25: 50.

plo, cuando describe esa casa solitaria, al anochecer, a la que llega y golpea a la puerta, esperando compartir afectuosamente una comida: “*Y si alguien me abre (alguien!), vendré y cenaremos juntos*”.⁸ Él consuela a aquéllos cuyo corazón esté triste por la separación que se aproxima: “*Ya no los llamaré servidores, ... sino amigos*”,⁹ y les promete Su Presencia continua, más allá de las apariencias: “*donde están dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy yo, en medio de ellos.*”¹⁰ “*Estaré con ustedes todos los días.*”¹¹ “*cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí.*”¹²

Si hay algo claro en los Evangelios es esto: Jesucristo primero y ante todo desea nuestra amistad. Y su reproche al mundo, no es tanto que el Salvador llegó a los que estaban perdidos, y que éstos se apartaron de Él más todavía de lo que estaban; no tanto que el Creador vino a su criatura y que ésta lo rechazó; sino que el Amigo “*vino a los Suyos, y los suyos no lo recibieron*”.¹³

Ahora bien, la certeza de esta Amistad de Jesucristo es el verdadero secreto de los Santos. Porque uno puede vivir una vida regular, es decir sin demasiada oposición a la voluntad de Dios, por muchos motivos menores. Así, cumplimos los mandamientos para no perdernos el Cielo; evitamos el pecado para escapar del Infierno; tratamos de no ser mundanos, aunque cuidando que el mundo nos respete.

Pero nadie puede avanzar dos pasos en el camino de perfección, si no es caminando al lado de Jesucristo. Y esto es lo que distingue la manera de vivir de un Santo. Y es lo que le da ese aire, por así decir, extraño. Como no hay nada más grotesco, a

⁸ Apoc. 3: 20.

⁹ Jn 15: 15.

¹⁰ Mt. 18: 20.

¹¹ Mt. 28: 20.

¹² Mt. 25: 40.

¹³ Jn. 1: 11.

los ojos de este mundo sin imaginación, que el éxtasis de un enamorado. El sentido común todavía no hizo a nadie hacer locuras. Al contrario, es lo que caracteriza la cordura. Por eso el sentido común nunca escaló montañas, y menos todavía se lanzó al mar. Pero es esa alegría arrebatadora de la compañía de Jesucristo la que ha producido esos enamorados, que fueron, por lo mismo, los grandes de la Historia. Es la progresiva y apasionada amistad de Jesucristo la que ha inspirado esas vidas, las que el mundo, pusilánime, llama antinaturales, y la Iglesia, con todo entusiasmo, llama sobrenaturales. *Este sacerdote*, exclama santa Teresa en uno de sus momentos más confidenciales con el Señor, “*este sacerdote es una persona muy adecuada para hacerla un amigo nuestro*”.

II. Con todo, hay que recordar que, aunque esta amistad con Cristo es, desde ese punto de vista, perfectamente comparable a la amistad entre dos hombres cualesquiera, desde otro punto de vista no tiene comparación. Sin duda es una amistad entre Su alma y la nuestra; pero el alma de Jesús está unida a la divinidad. Por lo tanto una amistad individual con Él no se limita a Su capacidad humana. Es hombre, pero no simplemente un hombre. Él es el Hijo del hombre, pero es más que eso. Él es la Palabra Eterna por Quien todas las cosas fueron hechas y siguen existiendo...

Como tal, Él se nos acerca por medio de diversos caminos, siendo la misma Presencia que quiere llegar a cada uno. Por eso, no es suficiente conocerlo sólo interiormente: Él espera ser conocido (si su relación con nosotros va a ser la que Él desea) en todas aquellas manifestaciones en la que Él se nos presenta.

Por eso, quien lo conoce únicamente como un compañero y guía interior, todo lo querible y adorable que se quiera, pero no lo conoce en el Santísimo Sacramento; o quien siente arder su corazón al caminar junto a Jesús, pero no lo reconoce en la *Fracción del Pan*, no conoce más que una perfección entre

miles. Y nuevamente, aquél que llama a Jesús su Amigo en la Comunión, pero cuya devoción es tan limitada y restringida que no lo reconoce en ese Cuerpo Místico en el que habita y habla sobre la tierra; o que es un devoto individualista que no entiende la realidad de una religión comunitaria, lo que es la esencia del Catolicismo; o que lo reconoce en todos estos aspectos, pero no en su Vicario, o en su Sacerdote o en su Madre; o, incluso, que lo reconoce y es *un buen católico*, pero que no reconociera el derecho del pecador a pedir misericordia, o el del mendigo a mendigar, en el nombre de Jesús; o que lo reconoce en circunstancias sensacionales, pero no en las opacas y tristes; en síntesis, aquél que reconoce a Cristo en alguno de esos aspectos, pero no en todos (ni siquiera en aquéllos de los que el mismo Cristo habla explícitamente), nunca va a elevarse a ese grado de intimidad y conocimiento del Amigo ideal que Él quiere ser para nosotros, siempre a nuestro alcance.

Vamos, pues, a considerar la Amistad de Cristo en algunos de estos aspectos, sabiendo que no podemos vivir sin Jesús, porque él es la Vida. Que es imposible llegar al Padre si no es por Él, que es el Camino. Que es inútil buscar la verdad, si Él no nos guía. Que hasta las experiencias más sagradas de la vida serán infecundas a menos que Su Amistad las santifique. El amor más sagrado es oscuro si no arde en Su sombra. El afecto más puro -ese afecto que me une a mis más queridos amigos- es una falsificación y una usurpación, a menos que ame a mis amigos en Cristo, a menos que Él, el Amigo Ideal y Absoluto, sea el lazo que nos una.

2

Respondiendo al Amigo

“...que te conozcan a tí”.¹⁴

La realización plena de una verdadera Amistad con Cristo nos parece, a primera vista, inconcebible. Nos parece más lógico y realizable adorarlo, obedecerle, servirlo e incluso imitarlo.

Y es así, mientras no recordemos que Jesucristo tomó un alma humana como la nuestra, un alma capaz de alegrías y tristezas, abierta a los ataques de la tentación, un alma que realmente experimentó tanto pesadez como éxtasis, tanto oscuridad como las alegrías de la Visión. Y será así mientras todo esto no se convierta, para nosotros, no solo en un hecho dogmático aprehendido por la fe, sino en un hecho vital percibido por la experiencia.

Porque, como en el caso habitual de dos personas cuya amistad radica en una comunión espiritual, así se da entre Cristo y nosotros. Su alma, ese principio vital que llamamos el *corazón*, es el punto de contacto entre su divinidad y nuestra humanidad. Recibimos su cuerpo con nuestros labios; nos postramos enteros delante de Su divinidad; y abrazamos Su sagrado Corazón con el nuestro.

I. Las amistades humanas suelen despertarse con algunos pequeños detalles externos. Escuchamos una frase, o una inflexión de voz, notamos la mirada de unos ojos, o un gesto. Y

¹⁴ Jn 6: 3.

esa pequeña experiencia nos parece el descubrimiento de un pequeño mundo. Tomamos ese detalle como el símbolo de lo que está detrás; Y pensamos que hemos detectado una personalidad bien adaptada a la nuestra, un temperamento que, sea por su parecido con el nuestro, o sea por una armoniosa semejanza, está precisamente indicado para ser nuestro compañero. Entonces comienza el proceso de la amistad: nos mostramos, con nuestras características; apreciamos las suyas, y paso a paso encontramos lo que esperábamos encontrar, y verificamos nuestras conjeturas. Y ese proceso es mutuo. Hasta que descubrimos que nos hemos equivocado (como ocurre en muchos casos, aunque no en todos, gracias a Dios), o que el proceso simplemente terminó, como un verano que vino y se fue, y no hay más fruto en esa relación para ninguno de los dos.

Pues bien, la Amistad divina, es decir la conciencia de que Cristo desea nuestro amor y nuestra intimidad, y se nos ofrece como Amigo Él mismo, generalmente comienza de la misma manera. Puede ser en la recepción de algún Sacramento, o al arrodillarnos ante el pesebre en Navidad, o al acompañar a nuestro Señor en el *Via Crucis*. Quizás ya habíamos hecho estas cosas y realizado esas ceremonias muy fervorosamente una y otra vez. Pero, de pronto, se nos ofrece una nueva experiencia. Entendemos, por ejemplo, por primera vez, que el Niño está estirando sus bracitos desde ese pesebre no sólo para abrazar el mundo sino para buscar nuestro afecto en particular. Entendemos, al ver a Jesús ensangrentado y cansado levantándose de Su tercera caída, que Él nos está pidiendo a nosotros, muy personalmente, que lo ayudemos con Su carga. La mirada de esos divinos ojos se fija en la nuestra, y pasa de Él a nosotros una emoción o un mensaje que nunca antes habíamos asociado a nuestro trato con Jesús. ¡Y ese pequeño detalle ocurrió! Golpeó a nuestra puerta y le abrimos; llamó y le respondimos. A partir de ahora, pensamos, Él es nuestro y somos Suyos. Aquí, por fin, nos decimos a nosotros mismos, está el

Amigo que hemos buscado tanto tiempo: aquí está el Corazón que entiende perfectamente el nuestro; la única Personalidad que podemos permitir que nos domine. Jesucristo dio un salto de dos mil años, y se puso al lado nuestro; Él, por así decir, se bajó del cuadro; se levantó del pesebre. *Mi Amado es mío y yo soy Suyo...*

II. La Amistad ha comenzado. Ahora sigue su proceso. Y, como en toda amistad, es esencial que cada amigo se revele completamente al otro, dejando de lado cualquier reserva, y se muestre tal cual es. Por eso, el primer paso en la Amistad divina es la revelación que Jesucristo hace de Sí mismo. Hasta ese momento, por más consciente u obediente que puede haber sido nuestra vida espiritual, ha habido un elemento predominante de irrealidad. Es cierto que hemos obedecido, que nos esforzamos por evitar el pecado, que hemos recibido, perdido y recuperado la gracia, que ganamos y perdimos méritos, que tratamos de cumplir nuestro deber, que cultivamos la esperanza, que quisimos amar.

Todo esto es real, delante de Dios. Pero no ha sido tan real para nosotros mismos. ¿Dijimos nuestras oraciones? Sí. Pero tal vez no nos hemos comunicado con Él. Hicimos bien la meditación, es decir que propusimos los puntos, reflexionamos, hicimos propósitos y llegamos a una conclusión; pero el reloj estaba delante marcando el tiempo, no sea que meditáramos demasiado.

Pero después de esta experiencia nueva y maravillosa, todo cambia. Jesús comienza a mostrarnos, no sólo las perfecciones de Su pasado, sino también las glorias de Su presencia. Empieza a vivir ante nuestros ojos; Él se despoja de las formalidades con las que nuestra imaginación lo había revestido. Él vive, se mueve, habla, actúa, se desenvuelve. Comienza a revelarnos los secretos escondidos en Su propia humanidad. Y si ya conocíamos Sus hechos, y podíamos repetir el Credo, y habíamos asimilado bastante teología, ahora pasamos de un

conocimiento *acerca* de Él, a conocerlo a Él. Empezamos a comprender que la vida eterna comienza en este momento presente, porque ella consiste en “*que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu Enviado, Jesucristo.*”¹⁵. Nuestro Dios se está convirtiendo en nuestro Amigo.

Por otro lado, Él exige de nosotros lo que él mismo nos ofrece. Si Él se nos muestra tal cual es, pide que hagamos lo mismo. Como nuestro Dios, Él conoce de nosotros cada célula del cuerpo que Él ha creado. Como nuestro Salvador, conoce cada instante en el que lo hemos desobedecido; pero, como nuestro Amigo, Él espera que se lo digamos.

Por lo general, la diferencia entre nuestro comportamiento frente a un simple conocido y frente a un amigo, es que, en el primer caso, buscamos más bien presentar una imagen conveniente y agradable de nuestra personalidad, empleando el lenguaje como buena presentación, y utilizando la conversación como podríamos usar un aparato; pero en el segundo caso dejamos de lado caretas y convencionalismos, y tratamos de expresarnos como somos, sin buscar que nuestro amigo piense de nosotros lo que no somos en realidad.

Y esto es lo que se requiere de nosotros en la Amistad divina. Hasta ahora nuestro Señor se conformó con muy poco: aceptó un diezmo de nuestro dinero, una hora de nuestro tiempo, un poco de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos, todo eso que le ofrecemos en los actos de culto. Él aceptó todo eso en lugar de a nosotros mismos. Pero en lo sucesivo exige que todas esas formalidades cesen; exige que seamos completamente abiertos y sinceros con él, que nos mostremos tal cual somos. Es decir, en una palabra, que dejemos de lado todas esas cortesías fáciles con las que queremos quedar bien con Él, y seamos totalmente auténticos.

Es muy probable que cada vez que alguien se aleja, desilusionado, de la Amistad divina, no es necesariamente porque trai-

¹⁵ Jn. 6: 3.

cionó al Señor, o lo ofendió, o no estuvo a la altura de Sus exigencias; sino porque nunca trató a Jesús como un amigo. Porque no tuvo el coraje de cumplir con esa condición absolutamente necesaria de toda verdadera amistad, es decir, una completa y sincera franqueza con Él. Es mucho menos ofensivo para la amistad decir abiertamente: *no puedo hacer esto que me pedís, porque me da miedo*, que andar buscando excusas para no hacerlo.

III. A grandes trazos, este es el curso que debe tomar la Amistad divina.

Luego debemos considerar más detalladamente los diferentes sucesos que la caracterizan. Sucesos e incidentes que, para nuestro consuelo, han sido experimentados ya por muchos otros. Este Camino del Amor divino ha sido recorrido ya muchas veces. Y siempre ha seguido, en gran medida, las líneas habituales de toda amistad.

Así, hay momentos de sorprendente felicidad, en la Comunión o en la oración, que nos parecen (como de hecho lo son) la suprema experiencia de la vida. Momentos cuando todo el ser es sacudido e invadido de amor, cuando el Sagrado Corazón ya no es simplemente un objeto de adoración, sino algo que nos golpea y late dentro del nuestro; cuando sentimos que el Amado nos besa y nos abraza.

Hay también períodos de serena calidez, de tranquilidad, de un afecto fuerte pero razonable, de una admiración que sacia a la vez la inteligencia, la voluntad y la sensibilidad.

Y hay periodos, también, que pueden durar meses, o años, de miseria y sequedad; tiempos en los que necesitamos paciencia con nuestro Amigo divino, que parece tratarnos con frialdad o desdén. En esos momentos vamos a necesitar nuestra máxima lealtad, para no renegar de Él como de alguien inconstante y falaz, y perseverar a pesar de oscuridades y tinieblas.

Sin embargo, al pasar el tiempo, y al salir de cada una de estas crisis, nos afirmaremos más y más en la decisión de seguir

abrazados a nuestro Amigo. Porque sabemos que ésta es la única Amistad en la que es imposible equivocarnos y desilusionarnos. Y que Él es el único Amigo que no nos puede fallar. Se trata de la Amistad por la cual no podríamos anonadarnos lo suficiente, ni llegaríamos a exponernos demasiado o a excedernos en íntimas confidencias, ni por la cual ofreceríamos sacrificios demasiado grandes. Fue por este Amigo y por Su Amistad que dijo uno de sus íntimos: vale la pena tener “*todas las cosas como desperdicio, con tal de ganar a Cristo*”.¹⁶

¹⁶ Flp. 3: 8.

3

Haciendo lugar a Jesús

*Lávame de mis culpas.*¹⁷

La etapa inicial de la Amistad que se va formando con Jesucristo es de una felicidad extraordinaria. Porque se ha encontrado el compañero perfectamente solidario y siempre presente. No es preciso que estemos pendientes de nuestro nuevo Amigo, así como tampoco prescindimos totalmente de Él. Mientras atendemos las ocupaciones habituales, poniendo en cada detalle tanta atención como siempre, nunca olvidamos que Él está interiormente presente: Él está allí como la luz del sol o el aire, iluminando, refrescando e inspirando todo lo que hacemos. De vez en cuando podemos dirigirnos a Él con una palabra o dos; a veces Él nos habla suavemente. Tendemos a verlo todo desde Su punto de vista; o más bien desde nuestro punto de vista pero estando en Él; así las cosas lindas nos aparecen todavía más encantadoras debido a Su belleza; las cosas tristes y dolorosas son menos angustiantes debido a Su consuelo. Nada nos es indiferente, porque Él está presente. Incluso cuando dormimos, nuestro corazón está despierto para Él.

Sin embargo, esta es sólo la etapa inicial del proceso; y se nos hace dulce en gran medida porque todo es nuevo. Habremos experimentado un hecho tremendo, pero recién estamos comenzando. Delante de nosotros se abre un camino que termina

¹⁷ Sal 51: 4.

sólo en la Visión beatífica; pero hay que superar innumerables etapas, antes de lograr ese fin.

Porque la amistad, así formada, no es un fin en sí mismo. El deseo de Cristo es, ciertamente, perfeccionarla tan pronto como sea posible. Pero no puede ser consumada por Su simple deseo. Necesitamos ser purificados y educados perfectamente, como para estar unidos con Él por Su gracia. *Purgados* y luego *iluminados*; primero despojados de nosotros mismos y luego adornados con Sus dones, y así estaremos dispuestos para la unión final. Estas dos etapas son llamadas, por los escritores espirituales, la *Vía Purgativa* y la *Vía Iluminativa*, respectivamente.

I. Al principio uno encuentra gran placer en esas cosas exteriores que parecen estar santificadas por la Presencia de Cristo, y que están más directamente relacionadas con Su gracia. Por ejemplo, si estamos recién iniciados en esta Amistad, sea por nuestra conversión, o por que recién despertamos a las glorias del Catolicismo (o en alguna forma imperfecta del Cristianismo a través de la cual Cristo se nos hizo presente), encontramos una alegría inmensa incluso en los detalles más superficiales. La organización humana de la Iglesia, sus métodos, sus formas de culto, su música y su arte, todas estas cosas nos parecen enteramente celestiales y divinas.

Pero de pronto aparece la primera señal de que estamos entrando realmente en la *vía purgativa*, con una especie de desilusión, que puede darse de diferentes maneras.

Por ejemplo, con una catástrofe en esas ayudas exteriores. Un sacerdote indigno, una congregación desunida, o un escándalo en ese nivel en el que Cristo nos parecía precisamente más intangible y supremo. Pensábamos que la Iglesia era perfecta, porque es la Iglesia de Cristo, o que el Sacerdocio era intachable porque es del orden de Melquisedec. Pero, muy para nuestra consternación, vemos que hay un lado humano incluso en las cosas más asociadas con la divinidad.

El desencanto puede venirnos, tal vez, en relación con las formas del culto. La novedad comienza a desgastarse, antes de formar hábitos de dulce familiaridad; y empieza a parecernos que esas cosas, que veíamos como las más directamente relacionados con nuestro nuevo Amigo, son en sí mismas transitorias. Siendo nuestro amor por Cristo tan grande, todos esos elementos exteriores, que teníamos en común con Él, nos parecían como maravillosamente bañados en oro; ahora el dorado comienza a palidecer, y todo aquello empieza a mostrárnos muy terrenal. Y, cuanto más aguda fue la ilusión de nuestro amor al comienzo, tanto más agudo es ahora el desencanto.

Esta es, normalmente, la primera etapa de esta *vía purgativa*: desilusionados con las cosas humanas, encontramos que después de todo, por más cristianas que sean, no son Cristo.

Inmediatamente se presenta el primer peligro; no hay ningún proceso de limpieza que no tenga en sí mismo un cierto poder destructivo. Una persona más bien superficial perderá su Amistad con Cristo (la que pudo llegar a tener), junto con los regalos y alicientes con los que Él quiso atraerla y conquistarla. Hay muchos que han fracasado en esta prueba; que han confundido con un romance humano este profundo amor; que dieron la espalda a Cristo tan pronto como Él quiso despojarse de Sus *ornamentos*.

Pero, si resistimos, habremos aprendido nuestra primera gran lección: que la divinidad no está en estas cosas terrenales, que el amor de Cristo es algo más profundo que los regalos que hace a Sus nuevos amigos.

II. La siguiente etapa de purificación radica en una cierta desilusión con las cosas divinas. Lo terrenal nos ha fallado, como si hubiera desaparecido. Ahora nos parece que lo divino nos falla también.

Una frase brillante de Faber describe bien un elemento de esta desilusión, cuando habla de *la monotonía de la piedad*. Llega un momento, tarde o temprano, cuando no sólo las cosas ex-

ternas de la religión: música, arte, liturgia, o las cosas externas de la vida terrenal: la compañía de los amigos, el trato con la gente, los negocios, cosas que al comienzo de la amistad divina nos parecían iluminadas con el amor de Cristo, comienzan a cansarnos. Todo lo que nos inspiraba comienza a perder valor. Por ejemplo, el ejercicio de la oración se convierte en algo pesado; la emoción de la meditación, tan exquisita en sus comienzos, cuando cada meditación era una mirada a los ojos de Jesús, comienza a apagar sus vibraciones. Los Sacramentos, que como sabemos obran *ex opere operato* (es decir, confieren su gracia sin depender, para ello, del fervor de quien los recibe), se convierten en algo monótono y cansador y, en la medida en que uno puede verlo, no cumplen lo que prometen. Las mismas cosas que nos ayudaban parecen convertirse en una carga adicional.

Entonces, uno se afirma en alguna gracia, en algún don o virtud que sabemos que el Amigo querría darnos, y cuando lo pedimos, más aún, lo suplicamos, no hay respuesta. Nadie responde. Vuelven las tentaciones de siempre, como que nada ha cambiado en nuestra naturaleza humana. Si habíamos pensado que esta nueva Amistad con Cristo había cambiado para siempre nuestro *hombre viejo*, y nuestras relaciones con Él, ¡ay!, somos los mismos de siempre. Y uno puede pensar que Cristo nos engaña con promesas que no puede o no quiere cumplir. Incluso en esos temas en los cuales tal vez más nos habíamos confiado, y en aquello en lo que Cristo todo lo puede, nos parece que Él se comporta con nosotros igual que antes de ser tan amigos...

Esta etapa puede ser muchísimo más peligrosa que la anterior. Porque, así como es relativamente más fácil distinguir entre Cristo y, por ejemplo, la música litúrgica, no es tan fácil distinguir entre Cristo y la gracia, o más bien entre Cristo y nuestras propias impresiones de lo que la gracia debería ser y obrar en nosotros.

Si uno se deja vencer por el desaliento, corre el peligro de ir perdiendo, poco a poco, todo sentido religioso. Brotan amargos reproches al Amigo que se mantiene en silencio y no responde. - *Confíé en Vos, creí en Vos. Pensé que por fin había encontrado mi Amado. Y ahora Vos también me fallaste.*

Un cristiano en este estado pasa fácilmente, en un ataque de resentimiento y desilusión, sea a otra religión (esas modernas modas pasajeras que prometen regalos espirituales rápidos y sensibles), sea a ese mismo estado en el que estaba antes de conocer a Cristo (aunque, recordemos, aquél que descubrió a Cristo nunca va a quedar como antes de conocerlo).

O, peor aún, queda en ese estado, más brutal y desvergonzado, del cristiano “desilusionado” y cínico. El que es capaz de decirle a algún alma fervorosa: - *Sí, yo también estuve una vez así como vos. Yo también, en mi entusiasmo juvenil, creí haber encontrado el secreto... Pero, con el tiempo, vas a ver que ese romance no es real, y vas a volver a la normalidad, como yo. Tal vez, entre tanto misterio, la única verdad sea la propia experiencia...*

Sin embargo, si a pesar de todo somos lo suficientemente fuertes como para seguir adhiriendo a lo que ahora parece un mero recuerdo; si confiamos en que esa iniciación en la Amistad de Cristo, lejana pero de admirable belleza, no puede terminar en aridez, cinismo y desolación; si podemos seguir diciéndonos a nosotros mismos que es mejor arrodillarse eternamente ante la tumba de Jesús, que volver atrás a una vida mundana; entonces aprenderemos que, cuando lo veamos resucitado (porque va a resucitar) no podremos abarcarlo como antes. Porque *Él aún no ascendió a Su Padre.*¹⁸ Aprenderemos que el objeto de la religión es amar y servir a Dios, y no que Dios nos sirva a nosotros.

¹⁸ Cfr. Jn 20, 17

III. Y ahora empieza una tercera etapa, para completar esta etapa de purificación. El amigo de Jesús ya sabe que las cosas exteriores no son Cristo, y que las realidades interiores tampoco son Cristo. Primero nos desilusionamos, por así decir, con el *marco* de la imagen, y después con *la imagen misma*, aun antes de llegar al original. Ahora tenemos que aprender la última lección, y desilusionarnos de nosotros mismos.

Hasta ahora, uno siempre creyó, aún humildemente, que había algo en uno mismo y de sí mismo que atrajo a Cristo. Pensamos, o al menos fuimos tentados a pensar, que Cristo nos había fallado. Ahora tenemos que aprender que somos nosotros los que le habíamos fallado a Cristo, y todo el tiempo, a pesar de profesarle ese amor algo infantil. Y esto es, a la vez, la verdadera esencia y el objeto de esta purificación. Una vez despojados de todo lo que nos cubría, de adornos y ropajes, ahora tenemos que ser despojados de nosotros mismos, para ser los discípulos que quiere Jesús.

Así aprendemos, en esta tercera etapa, nuestra propia ignorancia y nuestro pecado, nuestro sorprendente orgullo y auto-complacencia. Si hasta ahora pensábamos poseer a Cristo como un amante y un amigo, y conservarlo, ahora tenemos que aprender que no sólo debemos renunciar a todo lo que no es Cristo, sino que debemos renunciar a *poseerlo*. Debemos contentarnos con *ser poseídos y sostenidos por Él*.

Mientras uno mantenga una pizca de sí mismo, tratará de mantener una amistad mutua, en el sentido de darle a Jesús al menos algo de lo que uno recibe. Ahora uno enfrenta el hecho de que Cristo debe hacerlo todo, de que uno no puede hacer nada sin Él, que uno no tiene otro poder que el que Él nos concede. Y comienza a ver que lo que estuvo mal, hasta ahora, no está tanto en lo que uno hizo o dejó de hacer, sino simplemente en el hecho de siempre era uno mismo el que buscaba poseer, y no ser poseído. Que nuestro propio yo se interponía al no desaparecer totalmente en Cristo. Queríamos curar los síntomas de nuestra enfermedad, pero sin tocar la enfermedad

ni de lejos. Por primera vez, uno ve que no hay nada bueno, en sí mismo, que no sea Cristo; que ÉL debe ser todo y nosotros nada.

Ahora bien, si el cristiano ha llegado hasta aquí, es muy raro que encuentre su ruina en el puro orgullo. El mismo autoconocimiento que ha logrado es una cura eficaz contra cualquier autocomplacencia, ya que ha visto claramente, al menos por el momento, su propia limitación e inutilidad.

Sin embargo, otros peligros esperan. Uno de ellos puede ser el orgullo disfrazado muy sutilmente de sospechosa humildad. Y vamos a estar tentados de decir: - *Ya que soy tan inútil, nunca más debería emprender esas luchas ni alimentar esas aspiraciones de amistad con Dios. Tengo que renunciar, de una vez por todas, a esos sueños de perfección y a esas esperanzas de unión con Dios, y bajar nuevamente a un nivel común y aceptable. Debo volver a mi lugar, sin buscar más una intimidad con Cristo de la cual, evidentemente, soy indigno.*

Esa actitud puede llevar a la desesperación, y hasta a alterar las facultades mentales. Y a decir, finalmente, sin la excusa del orgullo pero sin renunciar a él: - *He perdido la Amistad de Cristo para siempre. Y habiendo gustado regalos del cielo no tengo perdón. Él me eligió y yo le fallé. Él me amó, y yo he amado solo a mí mismo. Por eso voy a alejarme de Su Presencia. "...Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador".*¹⁹

Pero no hay que desesperar, ya que a esto nos iban llevando las etapas anteriores (alguno podrá pensar: *¡si lo hubiera sabido!*). Porque ahora el cristiano, amado por Jesús, habiendo aprendido su última lección de la *vía purgativa*, está en condiciones de *echarse al agua*²⁰ para llegar a ÉL. Y esto es lo que haremos, si aprendimos la lección. Si somos conscientes de nuestra nada, Cristo puede ser todo para nosotros. El orgullo,

¹⁹ Lc. 5: 8.

²⁰ Cfr. Jn 21: 7.

ni entero ni herido, ya no podrá separarnos de Jesús, porque el orgullo, por fin, ya no estará herido sino muerto.

El camino de la vida espiritual está lleno de huellas de frustrados, que podrían haber sido amigos de Cristo. De los que fallaron porque Cristo, de pronto, se presentó sin Sus ornamentos; de los que no supieron distinguir entre las gracias de Cristo y el mismo Cristo; y de los que por su orgullo herido se cerraron en su propia vergüenza, en lugar de abrirse a la gloria de Dios.

Todos estos procesos y etapas son conocidos, y tratados por los autores espirituales una y otra vez, desde este punto de vista o de otro. Pero la conclusión de todos ellos es la misma: Cristo purifica a Sus amigos de todo lo que no es Suyo; Él no les deja nada de sí mismos, a fin de darse a ellos totalmente; porque nadie puede aprender la fuerza y el amor de Dios, hasta que se echa en Sus brazos, completamente.

4

Iluminados por Cristo

*¡Señor, Dios mío, ilumina mis ojos!*²¹

Como hemos visto, Jesús, en su deseo de unirnos completamente consigo, nos va despojando de todo lo que obstaculizaría la perfección de esa unión, para que, una vez vacíos de nosotros mismos y viendo nuestra propia nada, nos abandonemos en Aquél que es el único que puede sostenernos.

Pero este proceso, casi puramente negativo, permite continuar con un gradual revestimiento de dones y gracias con que Jesús quiere adornarnos. Ya nos sacamos de encima el *hombre viejo*; ahora hay que revestirse del nuevo.

I. La primera etapa del camino de purificación, como hemos visto, concierne a las cosas que son en realidad exteriores a la religión: el cristiano se va haciendo más profundo, y al ser probado aprende que esas cosas, y las emociones que despiertan, en sí mismas no valen nada.

Pues bien, paradójicamente, el primer paso de la *vía iluminativa* va a consistir en descubrir su utilidad (la gracia, recordemos, es aún más paradójica que la naturaleza). Y si en el camino de *purificación* aprendimos que las realidades exteriores no pueden, en sí mismas, sostenernos, en el camino de *iluminación* aprenderemos cómo utilizarlas razonablemente y a darles verdadero valor.

²¹ *Sal 13, 4.*

Por ejemplo, a veces nos quejamos por problemas y obstáculos que surgen y nos molestan innecesariamente: la presencia constante de alguna persona con la que chocamos inevitable y continuamente; o una permanente tentación u ocasión de pecado de la que no podemos escapar; o una *espinas en la carne*, o una alteración mental. O la pérdida de alguien, que nos dejó como sin luz y sin fuerza, con las alas cortadas para elevarnos a Dios.

Pero en esta etapa comenzamos a ver, con esa luz que nos regala nuestro Señor, el valor de esas cosas. Vemos que no podríamos lograr paciencia sobrenatural, o compasión, o la grandeza de la caridad, a menos de tener cerca alguien que nos exija practicarlas. Nuestra natural irritación ante esa inevitable compañía es clara señal de que necesitamos ese ejercicio. La exigencia de un constante esfuerzo de autocontrol, y finalmente de verdadera compasión, es precisamente el medio por el cual logramos la virtud.

En lo que hace a las tentaciones, hay gracias que solo se reciben con ocasión de ellas, como las gracias de inocencia y abandono, completo y persistente, en las manos de Dios. Fueron estímulos como estos los que le enseñaron al mismo San Pablo a entender,²² como él mismo lo confiesa, que es sólo cuando la debilidad humana es más consciente de sí misma que la Gracia divina es más eficaz, o, como él dice, *perfecionada*.

Y en cuanto a esas pérdidas que parecen destrozar toda una vida, que dejan a una persona, que se había aferrado a otra más fuerte, como indefensa, desconcertada y herida, es por este medio y sólo por este medio que ella aprende a adherirse totalmente a Dios.

El primer paso de la *vía iluminativa*, entonces, consiste, no simplemente en experimentar estas cosas, ya que tentaciones y pérdidas ocurren en todas las etapas de la vida espiritual, sino

²² Cfr. 2 Cor. 12: 7-9.

en percibir su valor, íntima y claramente, sin rebeldías ni resentimientos (excepto quizás en caídas momentáneas). Más bien, comprendiendo su valor, aceptándolas y tomándolas como voluntad de Dios. Y es ahora que uno deja de inquietarse ante el problema del dolor; porque si bien es cierto que no se puede intelectualmente resolver el problema, se lo enfrenta en la única forma en que es posible, a saber, tomándolo o a lo sumo aceptándolo, viéndolo *prácticamente* razonable, y tratando, en lo sucesivo, de actuar de acuerdo a esa intuición.

II. El segundo paso de esta etapa *iluminativa*, que se corresponde con el de la *vía purgativa*, consiste en un ver mejor la realidad de las cosas interiores.

Por ejemplo, las verdades de la religión. A muchos les ocurre que, en los albores de la fe, adhieren a una cantidad de dogmas de los que no tienen ninguna experiencia. Y quieren vivir de acuerdo a ellos, por el simple hecho de saber que los reciben de una Autoridad divina. No entienden muchos de ellos, ni tienen lo que las Escrituras llaman *discernimiento espiritual*.²³ Reciben la fe como nuestro Señor nos dice que debemos recibirla, *como un niño*,²⁴ sosteniendo firmemente el conjunto del Credo, guiando su vida por su luz, profesando morir antes que abandonarlo, y santificando y salvando el alma por simple fidelidad a él. Pero sin soñar con desentrañarlo, y siguiendo adelante en total oscuridad.

Alguien así gana indulgencias, por ejemplo, cumpliendo las debidas condiciones; y quizás hasta es capaz de explicar bastante bien lo que son las indulgencias. Pero la naturaleza de esta especie de transacción espiritual es tan impenetrable, a sus ojos, como una joya en un estuche cerrado. Lo mismo le ocurre con la doctrina del castigo eterno, o los privilegios de María, o la Presencia Real. Adhiere a estas cosas y vive de acuerdo

²³ Cfr. I Jn 4: 1; I Cor. 12, etc

²⁴ Cfr. Mc 10: 15; Lc 18: 17.

a sus efectos y consecuencias. Pero estos misterios no le aportan la más mínima luz. Si camina en la fe, no es en base a verificaciones. Si sostiene los dogmas de la fe, es incapaz de compararlos con hechos naturales y de ver los numerosos puntos en que ellos encajan con otros hechos de su experiencia.

Pero cuando llega la *iluminación*, tiene lugar un cambio extraordinario. No es que los Misterios dejen de ser misterios, ni que se pueda expresar en lenguaje humano exhaustivo, o concebir en imágenes completas, esos hechos de la Revelación que están más allá de la razón. Pero, iluminada por el *cirio de Dios*, de algún modo empieza a brillar para su percepción espiritual cada una de esas joyas de verdad que, hasta entonces, habían sido opacas e incoloras. Y entonces puede *explicar* las indulgencias, o la justicia del infierno. Tal vez no mejor que antes; pero ya no desde una impenetrable oscuridad.

El cristiano en *vías de iluminación* comienza a *manejar* lo que antes sólo tocaba, y a comprender mejor lo que dice. Encuentra, por un determinado e inexplicable proceso de verificación espiritual, que aquellas cosas que ya tenía por verdaderas son *verdaderas para él, tanto como lo son en sí mismas*; el sendero por donde caminaba a oscuras se hace más patente a sus ojos. Hasta que, si por la gracia y la perseverancia llega a la santidad, pueda experimentar por el favor divino esas luminosas intuiciones, o mejor dicho esa infusión de conocimiento que es característica de los Santos.

III. La tercera fase de la *iluminación*, correspondiente a la de la *vía purgativa*, trata de las relaciones entre Cristo y el cristiano que disfruta de la Amistad divina. Vimos que el último paso de la *vía purgativa* era ese abandono en los brazos de Cristo, que sólo es posible cuando el alma ya no se cree autosuficiente. El paso correspondiente en la *vía iluminativa* es, por tanto, la luz que recibe el alma para apreciar la presencia constante de Cristo en ella, o su presencia constante en Cristo.

Y es en este punto que la Amistad divina se convierte en el objeto de su consideración y contemplación. En adelante, no sólo va a disfrutarla sino que va a comprenderla mejor. Esto no es otra cosa que la Contemplación ordinaria.

La Contemplación *extraordinaria*, con sus gracias y manifestaciones sobrenaturales y milagrosas, es un favor otorgado por Dios *motu proprio* (pedirlo sería presunción). Es un estado que, en sus etapas iniciales, siempre hay que tomar con desconfianza.

Pero la Contemplación ordinaria no sólo puede pedirse en la oración, sino que todo cristiano sincero y devoto puede aspirar a ella, ya que está perfectamente a su alcance con la ayuda de gracias ordinarias. Ella consiste en una conciencia de Dios tan eficaz y tan continua que Dios nunca está totalmente ausente de sus pensamientos, al menos subconscientemente. Es un estado que el cristiano, como hemos dicho, en los comienzos de su amistad con Cristo disfruta muy intensamente, aunque con cierta inestabilidad. Su vida, sus relaciones son alteradas por ella; Cristo comienza a ser la Luz que ilumina todo lo que ve: todo lo ve ahora a través de Él, o con Él de telón de fondo. La contemplación ordinaria va a afirmarlo en ese estado, a la vez por su esfuerzo y por la gracia. No va a tener una continua conciencia de la presencia interior de Cristo hasta que no haya sido purificado e iluminado respecto de todas las cosas exteriores e interiores. Pero cuando estos procesos se han llevado a cabo, es decir cuando Cristo ha entrenado a Su nuevo amigo en los deberes y las recompensas que conlleva la Amistad divina, la contemplación ordinaria es, por decirlo así, la *atención* que Él espera de nosotros. El pecado, por supuesto, en este estado, se convierte en subjetivamente mucho más grave: pecados *materiales* se convierten fácilmente en *formales*. Pero, por otro lado, la virtud es mucho más fácil, ya que es difícil pecar alevosamente cuando se siente en la propia mano la presión de la mano de Jesús.

IV. Por supuesto, así como cada avance en la vida espiritual tiene sus correspondientes peligros (cada paso que nos eleva a Dios aumenta la altura desde la que podemos caer), aquél que ha alcanzado esta etapa de la *vía iluminativa*, que hemos denominado contemplación común, tiene una responsabilidad mucho mayor. El peligro supremo es el del *individualismo*, por el que, habiéndose librado del orgullo más simple, llega a un nivel en el que se encuentra el verdadero orgullo espiritual y, con él, toda otra forma de orgullo, como el orgullo intelectual o emocional.

Uno puede fácilmente infatuarse cuando llega a un punto donde puede decir con verdad: "*Tú eres mi lámpara, Señor*".²⁵ Y puede fácilmente terminar en el orgullo a menos que uno pueda completar la cita y añadir, suplicante: "*¡Dios mío, ilumina mis tinieblas!*"²⁶ Todas las herejías y sectas que quebraron la unidad del Cuerpo de Cristo surgieron de un *iluminado* amigo de Cristo. Prácticamente todos los grandes heresiarcas alcanzaron un alto grado de conocimiento interior, porque de otro modo no habrían podido atraer y desviar a otros seguidores de Jesús. Lo que es absolutamente necesario, entonces, si la iluminación no quiere terminar en desunión y destrucción, es que, a ese aumento de la vida espiritual interior, lo acompañe un aumento de devoción y sumisión a la Voz exterior con que Dios habla en Su Iglesia. Porque nada es tan difícil de discernir como la diferencia entre las inspiraciones del Espíritu Santo y las propias aspiraciones o imaginaciones.

Para los no-católicos es casi imposible evitar esta infatuación, esta dependencia de la experiencia interior. Y es lo que mantiene activo al Protestantismo, y sigue subdividiendo sin cesar sus energías, desde que carecen de esa Voz exterior con la que puedan verificar sus propias experiencias. Pero es posible, también, que aún católicos formados e inteligentes sufran de

²⁵ Sal. 18: 29.

²⁶ Ibid.

esta enfermedad de esoterismo, e imaginen que lo *interior* debe evitar lo *exterior*, y que son más capaces de interpretar a la Iglesia que la Iglesia misma. *Vae soli!*: ¡Ay del que está solo!²⁷ ¡Ay de aquél que, habiendo recibido el don de la Amistad de Cristo y su consiguiente iluminación, crea que disfruta, en su interpretación, de esa *infallibilidad* que él le niega al Vicario de Cristo! Cuanto más fuerte sea la vida interior, y cuanto más alto sea el grado de iluminación, más necesaria se hace la mano firme de la Iglesia, y mayor debe ser el reconocimiento de su función.

No debemos olvidar que es desde el círculo de los íntimos de Cristo, de aquéllos que conocen Sus secretos y saben encontrar la puerta del jardín secreto donde Él camina a su gusto con los Suyos, de donde salen los Judas de la historia.

²⁷ Ecl. 4:10

5

Cristo en la Eucaristía

Yo soy el Pan de vida. ²⁸

Hemos considerado la realidad interior de la Amistad de Cristo. Amistad, hay que recordarlo, que se ofrece no sólo a los católicos, sino a todos los que conocen el nombre de Jesús y, si se quiere, a todo ser humano. Porque nuestro Señor es la luz *que ilumina a todo hombre*,²⁹ y es Su voz la que habla a través de la conciencia, más allá de lo defectuoso que pueda encontrarse ese instrumento. Es él, el único Absoluto, la Presencia que buscan a tientas tantos corazones; como lo buscaban Marco Aurelio, Gautama, Confucio y Mahoma, con todos sus discípulos sinceros, aunque nunca hubieran escuchado el nombre histórico de Jesús, o habiéndolo oído lo rechazaron pero sin culpa. Y esto que decimos de la Amistad de Cristo, que se brinda también a los no-católicos e incluso a los no-cristianos, sería terrible que no fuese así; porque en ese caso no podríamos afirmar que nuestro Salvador es, realmente, el Salvador del mundo.

El Cristo del que los católicos sabemos que se encarnó, y vivió esa Vida contada en los Evangelios, está siempre presente en el corazón humano. Así se cuenta de un anciano hindú que, después de escuchar un sermón sobre la Vida de Cristo, pidió el bautismo. *-Pero ¿cómo puede usted pedirlo tan pronto?*, le preguntó el predicador. *-¿Había escuchado antes*

²⁸ Jn. 6: 35.

²⁹ Cfr. Jn 1: 9.

hablar de Jesús? - No, respondió el anciano, pero sabía que existía, y lo estuve buscando durante toda mi vida.

Cristo se encarnó y sufrió la muerte en la Cruz también para hacernos entender la verdadera naturaleza de los pecados contra la conciencia, a nosotros que *no sabíamos lo que hacíamos*.³⁰ *Esto, nos dice el Crucificado, es lo que me has hecho, interiormente, toda tu vida.*

Ahora debemos considerar otro camino por el cual Cristo viene a buscar nuestra amistad. Otro modo y otros regalos que nos ofrece. No basta con conocer a Cristo de una sola manera: estamos obligados, si deseamos conocerlo en Sus propios términos y no en los nuestros, a reconocerlo en cada una de las formas en que Él elige presentarse. No basta con decir: - *Él es mi amigo, por lo tanto no necesito nada más*. No es de leales amigos Suyos rechazar como innecesarios, por ejemplo, la Iglesia o los Sacramentos, sin investigar primero si Él realmente instituyó estas cosas como formas mediante las cuales Él quiere venir a nosotros. Y, en particular, debemos recordar que en el Santísimo Sacramento Él nos trae regalos que no podemos pretender de otra manera. A saber, nos acerca y une a nosotros, no sólo Su divinidad, sino también esa misma amable y adorable naturaleza humana que asumió en la tierra, y que asumió para eso mismo, para *estar con nosotros*.

Si miramos hacia atrás, a lo largo de la Historia, el primer pensamiento que se nos ocurre en relación con el Santísimo Sacramento es el de la Majestad en la que Cristo se ha manifestado, y cómo, a través de Su Presencia sacramental, afirmó abiertamente y vívidamente Su Real soberanía sobre este mundo.

Los que vieron monarcas terrenales seguir, con la cabeza descubierta, a Jesucristo en la Eucaristía; aquellos que pudieron vivir momentos inolvidables como la bendición al pueblo fiel

³⁰ Cfr. Lc. 23:34.

desde lo alto de las grandes Catedrales, o la elevación del Santísimo, al aire libre, para la adoración de cien mil personas; o aquellos que, en menor escala, alguna vez fueron testigos, quizás en algún pueblito, de una procesión de Corpus Christi, todos aquellos que han visto los homenajes debidos no sólo a la Divinidad, sino a una soberanía terrenal, no pueden sino maravillarse de la forma en que, bajo Su propia dirección, ese Sacramento que fue instituido en las más pobres condiciones exteriores, en una pequeña habitación ante unos pocos hombres muy sencillos, ha llegado a ser el medio por el cual se hace visible al mundo, para adoración u hostilidad, no sólo Su humildad y condescendencia, sino también su inseparable Majestad.

Pero a nosotros nos interesa ahora, más particularmente, la manera increíble en la que Cristo, en su Sacramento, se nos hace tan accesible a todo lo largo de nuestro camino y a nuestro propio nivel de comprensión; y cómo Él nos ofrece Su Amistad de una manera inconfundible para quienes se le acercan con sencillez.

I. La devoción abierta y manifiesta a Jesús en el Sagrario es, como sabemos, de desarrollo relativamente tardío. Sin embargo, es un progreso tan positivo y seguro, y querido por Dios, como el esplendor terrenal que lo ha ido revistiendo, tanto como las conclusiones dogmáticas que, aunque no explícitamente elaboradas en los primeros siglos, están irrefutablemente contenidas en las mismas palabras de Cristo y estuvieron presentes implícitamente en las mentes de Sus primeros amigos.

De hecho, como en muchos otros aspectos, la vida eucarística de Jesús ofrece un sugerente y maravilloso paralelo con Su vida sobre la tierra. En efecto, Aquel que era toda sabiduría y todo poder *“crecía en sabiduría y en estatura”*,³¹ es decir,

³¹ Lc 2: 52.

manifestaba gradualmente las características de la divinidad: Su vida y Su conocimiento, inherentemente presentes desde siempre en Su personalidad. Aquel que trabajaba en el taller del carpintero era, efectivamente, Dios desde el principio.

Lo mismo ocurre en Su Vida eucarística. Ese Sacramento, acerca del cual toda la doctrina Católica elaborada hasta el día de hoy ha siempre sido verdadera y bien fundada, fue aumentando su propia expresión, y gradualmente fue desplegando lo que siempre había contenido.

Jesucristo, entonces, habita hoy en nuestros Sagrarios tan ciertamente como él vivió en Nazaret, y en la misma naturaleza humana; y Él está ahí, principalmente, para hacerse accesible a todos los que lo conocen interiormente y quieren conocerlo más perfectamente.

Es esta Presencia la que provoca esa pasmosa diferencia de atmósfera, reconocida incluso por muchos no-católicos, entre las iglesias católicas y las demás. Tan marcada es esta diferencia que se ofrecen mil supuestas explicaciones para ello: ¡es el detalle, tan sugerente, de ese punto de luz ardiendo al frente! ¡Es la habilidad artística fuera de lo común con que adornan las iglesias! ¡Es el aroma del antiguo incienso! Es todo eso, y no es eso: es lo que los católicos sabemos que es. ¡Es la Presencia corporal del *más hermoso de los hijos de los hombres*,³² atrayendo a Sí a Sus amigos!

Delante de esta Presencia, por ejemplo, la novia ante el altar presenta la nueva vida que se le abre. Delante de ella el hombre cercano a su muerte ofrece la vida que se le acaba. Los que sufren, como los que están felices, el sabio, como el simple o el insano; el anciano, como el niño, personas de distinto temperamento, nivel intelectual, nacionalidad, todos se unen en lo único que puede unirlos: la Amistad de Aquel que los ama a todos.

³² Cfr. Sal. 45:3.

¿Podría haber algo más típico del Jesús de los Evangelios que esta accesibilidad con la que Él está esperando a todo el que quiera venir a Él, que esa ternura universal que no discrimina ni rechaza a nadie? ¿Podría haber algo más característico del Cristo que habita en los corazones, que Aquél que es interiormente tan sencillo, Aquel que permanece tan pacientemente en nuestras almas, también se quede en donde lo encontremos al desear reconocerlo no sólo dentro nuestro, pero también fuera; no sólo en el interior de la conciencia, sino también, por así decir, en el espacio y el tiempo, ahí donde tan a menudo parece eclipsarse Su presencia en el mundo?

Es de esta manera, entonces, que Él cumple ese requisito de la verdadera amistad, que llamamos humildad. Él mismo se pone a merced de ese mundo que quiere conquistar. Se ofrece en una apariencia aún más pobre que *“en los días de su carne”*.³³ Sin embargo, por la fe, y por la enseñanza de Su Iglesia, por las ceremonias con que ella saluda Su presencia, y por el reconocimiento por parte de sus amigos, Él indica, a los que lo buscan y lo aman, aun sin saberlo, que es Él mismo, el que está allí, el que todos los pueblos añoran, el Amante de todos los corazones.

II. Jesús no viene directamente al Sagrario. Antes se presenta en el altar, en la palabra de Su sacerdote, y en la forma de una víctima. En el sacrificio de la misa se presenta al mundo, así como a los ojos del eterno Padre, realizando lo mismo que cuando estaba en la Cruz, lo mismo que hizo una vez y para siempre, el mismo acto por el cual nos muestra la fuerza de Su Amistad en cuyo nombre reclama nuestros corazones. Nos muestra el punto culminante de ese Amor, el más grande de todos, por el que llegó a *“dar la vida por sus Amigos”*.³⁴

Ciertamente, el Sacrificio del Calvario no está tan terminado y cerrado como un libro se termina y se guarda. Ni tampoco,

³³ O *durante Su vida terrena*: Heb. 5: 7 (N. del T.).

³⁴ Jn 15: 13.

como pretenden algunos, la doctrina del sacrificio continuo de la Misa disminuye la perfección del Calvario.

Al que goza de la Amistad de Cristo, este Sacrificio lo conecta, casi diría inevitablemente, con ese Jesús que es “*el mismo ayer y hoy y para siempre.*”³⁵ Y ese final de Jesús en la Cruz es en realidad un nuevo comienzo. En ese acto inaugural y supremo todos los sacrificios convergen y, a su vez, Él se proyecta en todas sus futuras representaciones; en tal sentido que Cristo permanece siempre el que fue en el Calvario, la eterna Víctima de cada altar, a través del cual, únicamente, “*tenemos acceso al Padre.*”³⁶

El Sagrario, entonces, nos presenta a Cristo como Amigo; y el altar nos lo muestra realizando, ante nuestros ojos, ese acto eterno por el cual Él obtiene en Su humanidad el derecho a exigir nuestra amistad.

III. Y todavía hay un último peldaño, aún más profundo, que Él desciende en Su humillación hacia nosotros. El paso por el cual nuestra Víctima y nuestro Amigo viene a ofrecerse como nuestro Alimento.

Porque, tan grande es Su amor para con nosotros, que no es suficiente para Él permanecer como un objeto de adoración, ni es suficiente para Él estar allí como el que cargó con nuestros pecados, ni tampoco, sobre todo, morar en nuestras almas en una amistad interior que sólo los iluminados pueden apreciar. Sino que, en la Comunión, él desciende generosamente por ese camino que nosotros muchas veces intentamos remontar. Y aunque estamos “*todavía lejos*”,³⁷ Él corre a nuestro encuentro. Allí, haciendo a un lado esos pobres signos de realeza con que nos esforzamos por honrarlo, dejando las telas bordadas, las flores y las luces, Él no sólo se une a nosotros con el alma,

³⁵ Heb. 13: 8.

³⁶ Ef.2: 18.

³⁷ Lc 15: 20.

en la intimidad de la oración, sino también con el cuerpo, en la forma sensible de Su vida sacramental.

Este es el último signo, y el más grande, que Él podía ofrecer. ¡Tan propio de Jesús! El mismo que se sentó a comer con los pecadores, se da a Sí mismo como alimento. Aquel en cuya mesa quisiéramos servir, se adelanta El mismo a servir a Sus amigos. Quien vive secretamente en el corazón, pero que se encarnó a la vista de todos, repite una y otra vez ese acto culminante de amor y Se presenta bajo apariencias visibles ante esos ojos que desean verlo. Si la humildad es lo esencial de la amistad, aquí está, sin duda, el Amigo supremo.

Aquellos que todavía no lo reconocen "*al partir el pan*",³⁸ por más grande que pueda ser su conocimiento interior de Cristo, no conocen todavía ni una décima de sus perfecciones.

Si Jesús, en su naturaleza humana, se limitara a vivir en el Cielo a la derecha del Padre, no sería el Cristo de los Evangelios. Si viviera, en Su naturaleza divina, únicamente en los corazones de quienes lo recibieren, no sería el Cristo de Cafarnaúm y Jerusalén.

Pero el Creador del mundo, que Se hizo una vez criatura; El que habitaba en una luz inaccesible y descendió a nuestra oscuridad, ese es nuestro Dios, el que tan apasionadamente deseaba la amistad de los hijos de los hombres que Se hizo a nuestra imagen y semejanza.

Y ese es Jesucristo, el del Evangelio y el de la vida interior. El que, "*después de resucitar ya no muere más*".³⁹ El que elevó nuestra naturaleza humana hasta esa gloria de la que una vez lo despojáramos los individuos de esa misma especie. El que, estando sobre todas las leyes naturales utiliza esas leyes para sus propios fines, y se presenta no una vez sino diez mil veces como nuestra Víctima, no una vez sino diez mil veces como nuestra Comida, y no una sola vez, sino eternamente e inmu-

³⁸ Lc 24: 35.

³⁹ Rm. 6: 9.

tablemente, como nuestro Amigo. Ese es, decididamente, el Jesús que hemos conocido en los Evangelios y en nuestros corazones, ese es, con todo derecho y para siempre, nuestro Amigo.

Aprendamos, entonces, algo de Su humildad ante el Sacramento que es Él mismo. Así como Él se desnuda de esa gloria que le corresponde, nosotros debemos quitarnos ese orgullo que no nos corresponde; debemos desvestirnos de lo que no son más que harapos de auto complacencia y egocentrismo, los más grandes obstáculos a los designios de Su amor. Debemos humillarnos hasta el polvo ante Sus pies, esos pies divinos que, no sólo en Jerusalén dos mil años atrás, sino hoy mismo y en estas ciudades en que vivimos, viajan tan lejos para buscar-nos y salvarnos.

6

Cristo en la Iglesia

*“Yo soy la vid, ustedes los sarmientos”.*⁴⁰

Hasta aquí, hemos considerado la Amistad de Cristo en cuanto a nuestra relación directa con Él, el Dios que habita en el corazón, y que está también presente en el Santísimo Sacramento. Es decir, hemos examinado nuestra vida espiritual cultivada por la Amistad de cada uno con nuestro Señor.

I. Ahora bien, pocas cosas son tan difíciles de diagnosticar y tan fácilmente malinterpretados como ciertos impulsos e instintos de la vida espiritual. Psicólogos modernos nos recuerdan lo que San Ignacio enseñó en su momento, con respecto a la desconcertante dificultad para diferenciar la acción de Dios de la acción de esa parte oculta de nosotros que no está bajo la directa atención de la conciencia.

De pronto sentimos impulsos y deseos que parecen llevar la marca de un origen divino; sólo cuando son obedecidos o complacidas descubrimos que a menudo no surgieron sino de nosotros mismos, por nuestra formación, o por una cierta asociación o recuerdo, o incluso de un cierto orgullo, y que podrían llevarnos a un desastre espiritual. Es necesaria una intención muy pura y un gran discernimiento espiritual para reconocer en cada caso la voz divina, y para ser siempre capaces de penetrar el disfraz de quien, en las etapas superiores del

⁴⁰ Jn 15: 5.

progreso espiritual, tan a menudo se presenta a sí mismo como un *Ángel de luz*.

Pueden ocurrir, y de hecho ocurren, tremendos naufragios, o al menos lamentables equivocaciones, entre muchos que con enorme empeño habían cultivado su vida interior. No hay peor obstinación que la obstinación religiosa. Porque una persona espiritual se alienta a sí misma en el camino equivocado, convencida de que está siguiendo una inspiración de lo Alto. No se ve a sí misma como obstinada o perversa. Al contrario, está convencida de que es una seguidora obediente de su guía divino. No hay fanático tan extravagante como un fanático religioso.

A propósito, las críticas más agudas al Catolicismo vienen principalmente de parte de quienes han cultivado seriamente su vida interior. Y así, dicen que los católicos han sustituido una Persona por una Institución; que son demasiado exteriores, demasiado formales, y todo para ellos es demasiado *oficial*. Porque - *si ya tengo a Jesucristo en mi corazón*, dice esa crítica, *¿qué más necesito? Si tengo a Dios dentro de mí: ¿por qué tengo que ir a buscar un Dios fuera de mí? Ya sé que hay un Dios: ¿importa tanto conocer acerca de Él? ¿Un niño no está más cercano a su padre que su biógrafo? Ser 'ortodoxo' no es, después de todo, tan importante: prefiero antes amar a Dios que poder disertar acerca de la Santísima Trinidad...*

Y así acusan al Catolicismo de ser tiránico y torpe:

- *No necesitamos más guía que una conciencia iluminada por la Presencia de Jesucristo en el corazón. Cualquier intento de establecer un sistema, nos dicen, fijar límites, o pretender guiar las almas autoritariamente, "atar y desatar," todo eso, finalmente, es una negación práctica de la autoridad suprema de Cristo en nuestro interior.*

¿Qué podemos responder?

Nuestra primera observación es un argumento innegable: los cristianos que más insisten en lo sagrado de la vida interior y su eficacia como única guía, son habitualmente los menos

inclinados a ponerse de acuerdo sobre cuestiones religiosas. De hecho, cada nueva secta que aparece se basa en este reclamo (incesante desde el siglo XVI). Sin embargo, esa pretensión nunca se vio acreditada por la total unidad entre sus defensores, como debería ser el resultado si ella fuera verdadera. Si Jesucristo hubiera querido fundar el Cristianismo sobre Su sola presencia en los corazones, como una guía suficiente hacia la verdad, evidentemente habría fracasado en Su misión.

En realidad, la Iglesia católica, acusada por algunos de usurpar el lugar y los exclusivos derechos de Cristo, es mucho más que un organismo o corporación. Es, en cierto sentido, el mismo Jesucristo, obrando exterior y autoritativamente de esa manera que no podría darse en la vida interior, sujeta como está a mil engaños, malentendidos y complicaciones, para los que no habría otro remedio.

II. En los Evangelios, hemos visto, Cristo proclama una y otra vez su deseo de ser nuestro Amigo. Y los Evangelios no dejan dudas de que no se trata de una relación meramente interior. Sin duda Él quiere llegar al corazón de cada hombre que lo desea, pero hace promesas aún más explícitas a quienes no se aíslan con Él, sino que se unen con otras almas.

Su presencia *donde hay dos o tres reunidos en Su nombre*,⁴¹ su generosidad para con aquellos que *se unan en la tierra para pedir algo*,⁴² Sus promesas acerca de guiar a quienes Lo buscan comunitariamente, son mucho más firmes que las que hace a cualquier individuo.

Y todavía hay algo más importante. Porque al decir “*Yo soy la vid, ustedes los sarmientos*”⁴³, anuncia Jesús no sólo Su presencia sino una cierta *identidad* de Sí mismo con aquéllos que lo representan institucionalmente. Y lo dice, finalmente, en esas frases impresionantes: “*el que los escucha, a Mí me escu-*

⁴¹ Cfr. Mt. 18:20.

⁴² Cfr. *ibid.* 18:19.

⁴³ Jn 15: 5.

cha.⁴⁴ “Como el padre Me envió a mí, Yo también los envío a ustedes”.⁴⁵ ... “Lo que aten en la tierra, quedará atado en cielo”.⁴⁶.... “Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos”.⁴⁷... “Yo estaré siempre con ustedes, hasta el fin del mundo”.⁴⁸

Esta es la perspectiva Católica; y no solo la exige el sentido común, sino que ha sido declarada con palabras de nuestro Señor aún más explícitas que cualquiera de Sus promesas de habitar en un individuo. A ninguno le dijo explícitamente: *Estoy contigo siempre*, exceptuando a Pedro, constituido Su Vicario en la tierra.

Aquí, entonces, tenemos la manera de reconciliar el hecho, por un lado, de que Cristo viene a cada uno y nos habla a cada uno, y, por otro lado, el hecho de que nos es extremadamente difícil, incluso en cuestiones de vida o muerte, tener una certeza total de que es realmente la Voz de Cristo la que nos habla, y no algún impulso meramente nuestro, o del *Ángel de luz*. A saber, la respuesta católica es que hay otra Presencia de Cristo, accesible para todos, a la que Él prometió garantías que nunca ofreció a nadie individualmente. En una palabra, Él prometió Su Presencia en la tierra en un Cuerpo Místico, y es a través de ese Cuerpo que la voz de Cristo nos habla, exteriormente y autoritativamente. Y es sólo por la subordinación a esa Voz que podemos comprobar si esas insinuaciones e ideas particulares son o no efectivamente Suyas.

Es obvio, entonces, que un alma que busca la Amistad de Cristo no puede encontrarla solamente en la vida interior. Esta puede llegar a ser fuerte e intensa, y cultivándola podríamos disfrutar realmente la Presencia del divino Amigo, de manera muy personal, aun sabiendo poco o nada de Su acción en el

⁴⁴ Lc 10: 16.

⁴⁵ Jn 20: 21.

⁴⁶ Mt. 18: 18. Cfr. *ibid.* 16: 19.

⁴⁷ Mt. 28: 19.

⁴⁸ *Ibid.* 20.

mundo. Pero aumentan enormemente las posibilidades de crecer en la Amistad de Cristo para el que, no sólo lo conoce y estudia Su personalidad en el Evangelio (que nos ofrece el testimonio escrito de lo que fue Su vida en la tierra), sino que abre los ojos al asombroso hecho de que Cristo todavía vive y actúa y habla sobre la tierra a través de la vida de Su Cuerpo místico. Y esa personalidad divina, esbozada en pocas líneas hace dos mil años, es explicitada a través del tiempo, siguiendo Su propia orientación y en los términos de esa naturaleza humana que Él ha unido místicamente a sí mismo.

III. (i) Un católico, teniendo en cuenta todo esto, debe desarrollar su Amistad con Cristo, pero con el *Cristo-en-el-Catolicismo*. De hecho, uno de los hechos más notables de la religión Católica es la manera en la cual esto es hecho casi instintivamente por personas que, quizá, nunca han meditado sobre el motivo para hacerlo. Intuimos que la Iglesia es algo más que el *Imperio* más grande de la tierra, más que la *Sociedad* más venerable de la historia; más que la *Embajadora* de Dios; más, incluso, que la *Esposa del Cordero*. Todas estas metáforas, aún las más sagradas, no agotan, ni mucho menos, esta realidad divina. *Porque la Iglesia es Cristo mismo*.

De aquí proviene esa especie de familiaridad que sentimos para con la Iglesia. Todo católico, por ejemplo, incluso aquél que apenas practica su religión, sabe que nunca está totalmente desamparado o en el exilio. Se siente, no sólo como puede sentirse el súbdito de un Reino o de un Imperio protegido por la bandera de su país, sino como uno que está acompañado por un Amigo. Así, si visita iglesias en el extranjero, no es sólo para visitar el Santísimo Sacramento, ni para confirmar el horario de la misa, sino para entrar en la compañía de una misteriosa y reconfortante Personalidad, impulsado por un instinto que apenas puede explicar. Pero lo que hace es perfectamente razonable, porque Cristo, su Amigo, está ahí. Él está

presente en ese *centro de la Humanidad* cuyos miembros son Suyos.

(ii) Pero esto no es todo. En una verdadera amistad entre dos personas, el más débil de los dos se adapta a los hábitos de vida y de pensamiento del más fuerte. Poco a poco el proceso continúa, hasta que se alcanza ese estado de entendimiento mutuo que llamamos *simpatía perfecta*.

En la Amistad personal con Cristo esto es esencial. Debemos *vivir y sentir con Él*, como nos dice Su Apóstol, *sometiendo nuestra inteligencia humana para que obedezca a Cristo*.⁴⁹ Así superamos nuestra manera limitada y personal de mirar las cosas, nuestros esquemas e ideas. Y así nuestra vida “*está desde ahora oculta con Cristo en Dios*”,⁵⁰ Y *ya no vivimos; es Cristo quien vive en nosotros*.⁵¹

Este es, exactamente, el objetivo de nuestra amistad con *Cristo-en-el-Catolicismo*.

Cuando un convertido comienza su vida Católica, o cuando alguien que ha sido católico desde la cuna se despierta a una madura reflexión de lo que significa su religión, es suficiente con creer todo lo que la Iglesia enseña expresamente, y conformar su vida con esa enseñanza. Como en la primera etapa de una nueva relación, es suficiente ser cortés y deferente, evitando caer en lo ofensivo. Pero a medida que pasa el tiempo, y la relación se profundiza, esto ya no es suficiente. Y lo que era cortesía en la primera etapa, sería frialdad en la segunda. Cuanto más se profundiza esa relación, será absolutamente necesario, si no se quiere estropearla, no sólo armonizar mutuamente palabras y acciones, sino sintonizar pensamientos; y, no sólo pensamientos, sino instintos e intuiciones. Dos amigos íntimos saben, cada uno, cuál sería el juicio del otro ante una nueva situación, aún antes de cualquier pregunta o intentos de

⁴⁹ II Cor. 10: 5.

⁵⁰ Col. 3: 3.

⁵¹ Cfr. Gal. 2: 20.

explicación. Cada uno conoce los gustos y disgustos del amigo, aún antes de decirse nada.

Esto es precisamente a lo que un católico debe apuntar. La Amistad con Cristo en la Iglesia debe ser realmente tal. Y sin este progresivo conocimiento de Cristo nuestras relaciones con Él no pueden ser como Él las quiere. Debemos tender, no sólo a una escrupulosa obediencia externa y bien formulados actos de fe, sino a un modo de mirar las cosas en general, a una actitud instintiva, a una atmósfera intuitiva, como lo viven muchos católicos fieles, aún incultos. Los hay que, sabiendo poco o nada de teología dogmática o moral, pueden detectar con rapidez casi milagrosa tendencias sospechosas, quizás antes o mejor que un teólogo formado.

No hay camino más directo para alcanzar esta íntima sintonía con el Catolicismo que la paralela intimidad con Cristo. Humildad, obediencia y sencillez son las virtudes sobre las que la Amistad divina, así como cualquier amistad humana, puede solamente prosperar.

Y, sin embargo, aun conociendo esta realidad muy bien, podemos sentir alguna especie de repugnancia a esta actitud que podría parecerse al servilismo. Y hasta podríamos objetar que, habiendo sido dotados de un temperamento y un juicio independiente, y con preferencias personales y hasta el don divino de la originalidad, no podemos simplemente sacrificarlos y abandonarlos...

Sin embargo, ¿no nos dieron libre albedrío para que, con él,elijamos no tener otra voluntad que la de Dios? ¿Y no tenemos la inteligencia para ir aprendiendo a ponerla en armonía con la sabiduría divina? ¿Y el corazón, no debe amar y odiar aquellas cosas que el Sagrado Corazón ama y odia? Porque, en la unión con Dios, nada de lo que unimos con Él se pierde. Por el contrario, cada talento es transformado, glorificado y elevado a una naturaleza superior. Nuestra alma verdaderamente *ya no vive*; sino que *es Cristo quien vive en ella*.

Y si esto es cierto de la unión con Dios, lo es de la unión con Él en cualquier forma que Dios elige presentarse. Y no habrá vida más sublime, sobre la tierra, que la de la imitación total y abnegada de la vida de Jesucristo. No hay libertad más grande que la de los hijos de Dios ligados por la perfecta Ley de Amor y Libertad.

Una vez que hemos captado, por lo tanto, que la Iglesia Católica es la expresión histórica que Cristo nos da de Sí mismo; una vez que vimos en sus ojos la mirada de Dios, y a través de su rostro el del mismo Cristo; una vez que oímos de sus labios la Voz que habla siempre “*como quien tiene autoridad*”⁵²; entonces comprenderemos que no hay aspiración más noble que *perderse a sí mismo*⁵³ en esa gloriosa Comunidad que es Su Cuerpo; no hay mayor sabiduría que sentir con ella; no hay amor más puro que el que arde en el corazón de la Iglesia, es ese Amor que, siendo Cristo el que la anima, es el mismo Salvador del mundo.

⁵² Mt. 7: 29.

⁵³ Cfr. Mt. 10: 39.

7

Cristo en Su Sacerdote

*“La Gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo”.*⁵⁴

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, de modo que aquél que anhela la Amistad de Cristo debe buscarla tanto en la Iglesia como en sí mismo, o sea tanto exteriormente como interiormente. Ciertas características de Cristo, por ejemplo, cuyo conocimiento es esencial para un verdadero entendimiento con Él: Su autoridad, Su infalibilidad, Su ardor incansable, etc., son apreciadas plenamente sólo en el marco de un ferviente catolicismo.

Ahora bien, la Iglesia Católica es una comunidad tan amplia, que para muchos es imposible formarse de ella una imagen completa. Tienen, sí, una idea, y la respetan interiormente; sin embargo, como la Iglesia se presenta prácticamente a través del sacerdote, les parece que ella exalta demasiado la humanidad del sacerdote, a quien ni ella misma cree infalible. No objetarían que fuera simplemente esa Comunidad Ideal la que fuera exaltada; pero les parece excesivo que sea el sacerdote, un ser humano individual, el que se presente a los ojos de los católicos con el ropaje de Cristo, revestido de Sus prerrogativas.

Esto es bastante cierto. Y la única respuesta es que Cristo realmente lo quiso así; e instauró un Sacerdocio que no sólo lo representa y toma Su lugar, sino que, en cierto sentido, es Él mismo. Es decir, que Cristo debe ejercer Sus poderes divinos a través de su ministerio; y que la devoción y reverencia hacia el

⁵⁴ Jn. 1: 17.

sacerdote deben ser un homenaje directo al Sacerdocio eterno del cual participa el Ministro humano. Y si esto es así, resulta claro que el sacerdote, como la Iglesia misma, es uno de esos canales a través de los cuales debemos desarrollar nuestra intimidad personal con el Señor.

I. No es necesario extenderse acerca de la muy obvia humanidad del sacerdote. Ningún sacerdote es tan despistado como para olvidarlo siquiera por un instante. Aún si su vanidad le impidiera ver sus propios defectos, los malos ejemplos de otros se lo recordarían muy pronto. Muy frecuentemente algún desdichado sacerdote, aparentando elevarse paso a paso en la vida espiritual, extendiendo su influencia y su reputación y reuniendo admiradores a su alrededor, repentinamente ofrece al mundo una escandalosa y dolorosa muestra de su debilidad. No hablamos necesariamente de una caída moral, lo que, gracias a Dios, ocurre rara vez. Más comúnmente puede tratarse de un repentino decaimiento del celo apostólico, o de un ataque de orgullo, lo que zarandea a aquellos que se habían apoyado en él. Y el mundo recibe un ejemplo más del hecho de que *los Sacerdotes son hombres después de todo...* Sin duda, los sacerdotes no son más que hombres. ¿Por qué será, entonces, que el mundo parece tan conmocionado cuando los ve tan humanos, si no es porque sabe, al menos subconscientemente, que son mucho más que eso?...

Y así es. En primer lugar, son embajadores de Cristo. Él está presente en ellos como un rey está presente en su representante acreditado. Cristo los delega expresamente cuando él manda a Sus apóstoles que *“vayan por todo el mundo y anuncien el Evangelio a toda la creación”*.⁵⁵

Esta misión, que se atribuye todo ministro o pastor cristiano, ya implica una enorme extensión de la Presencia virtual de Cristo en la tierra. *“¡Qué hermosos son, en las montañas, ex-*

⁵⁵ Mc 16: 15.

clamaba el profeta de la Antigua Alianza, *los pasos del que trae la buena nueva y anuncia la paz!*".⁵⁶ Son hermosos ya que traen el mensaje de amor del *más hermoso de los hombres*.⁵⁷

Señalemos, de paso, que el sacerdote, en la medida que trate de ser *original* en lo que es substancial al mensaje que debe transmitir, es infiel a esta misión. Cristo no envía a su embajador a inventar nuevos acuerdos o alianzas de reconciliación, sino a transmitir la divina alianza.

A veces se dice que la Iglesia Católica es enemiga del pensamiento; que ella no ofrece ningún estímulo, sino más bien al contrario, al que investiga lúcidamente en los dominios de la verdad; que ella calla o repudia a sus ministros en el instante en que éstos empiezan a pensar o hablar por sí mismos.

Y esto es exactamente cierto, en el sentido de que ella no cree que la Revelación de Dios pueda ser mejorada ni siquiera por el más brillante intelecto humano.

Ella no censura a sus ministros que buscan originalidad en la forma de comunicar su mensaje, siempre y cuando el mensaje no sea oscurecido por esa originalidad. Ella no silencia a quienes presentan antiguos dogmas en frases modernas. Ella repudia si, enfáticamente, a quienes pretenden, como algunos lo han intentado, presentar dogmas nuevos revestidos de lenguaje tradicional.

Cristo, presente en Su sacerdote, se sirve de sus labios para el mensaje divino. Y esto requiere, agreguemos, gracias extraordinarias en el enviado. Porque, por un lado, no hay nada tan irreprimible, nada que anhele tanto imponerse como la naturaleza humana. Y por otro lado, nada en lo que la mente humana encuentre mayor placer especulando y dogmatizando que en la teología. Sin embargo, las gracias con que Cristo ha fortalecido su Iglesia son tan admirables, que ha llegado a ser un reproche en todo el mundo el que todos los sacerdotes enseñan

⁵⁶ Is 52: 7.

⁵⁷ Sal 45:3

los mismos dogmas. Es un reproche por el que tenemos que dar gracias a Dios.

II. Desde que el divino Maestro Jesucristo ya no habla en la tierra con sus propios labios humanos, Él necesita, por lo que respecta a la predicación de la Revelación, utilizar otros labios humanos para ese propósito. Si “*la gracia y la Verdad nos han llegado por Jesucristo*”,⁵⁸ la predicación de esa Verdad es continuada por Él a través de la boca de Sus ministros autorizados.

Pero si la comunicación de la Verdad por ministros humanos no quita nada a la prerrogativa de Cristo como Profeta, la comunicación de la Gracia por ministros humanos tampoco atenta a la prerrogativa de Cristo como Sacerdote. Y esto es esencial a la doctrina Católica del sacerdocio. Cristo vino a traer la Vida, a sostenerla y a restaurarla cuando se haya perdido: porque Él solo, el Príncipe de la Vida, posee su remedio, el elixir de la Vida.

Los fariseos tenían algo de razón, cuando argumentaban acerca de “*¿quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?*”.⁵⁹ “*¿Cómo puede este hombre darnos Su carne para comer?*”.⁶⁰ Pero fallaban en sus premisas, ya que Cristo era más que hombre. Cristo, la Fuente de la Vida, es el único que puede dar la Gracia. Como Cristo, que es la Verdad, es el único que puede darnos Su Revelación. Porque la Gracia es a la Vida, lo que la Revelación es a la Verdad. Y esa es la idea subyacente del Sacerdocio Católico, que Él participa y capacita en ambos aspectos, como un ministerio humano para ejercer las prerrogativas divinas.

Por eso, así como el sacerdote predica diciendo con Jesús: *Yo les digo que...*: así en el confesionario susurra: *Yo te absuelvo...*, y en el altar proclama: *esto es mi Cuerpo*.

⁵⁸ Jn 1: 17

⁵⁹ Lc 5: 21.

⁶⁰ Jn 6: 52.

Esto es, entonces, esencial para entender de qué manera Cristo está presente en Su sacerdote.

En primer lugar Cristo está presente en él cuando entrega, aunque sea más o menos mecánicamente, el mensaje que le es confiado. El divino Profeta utiliza labios humanos para enseñar y declarar la verdad.

Pero cuando pensamos que el divino Sacerdote utiliza labios humanos para realizar funciones sacerdotales, vemos que la Presencia es mucho más íntima que la de un rey en su embajador. Porque el mero embajador no enseña. El mero embajador no reconcilia.

Los embajadores de Cristo, en cambio, en virtud de la expresa misión que han recibido en palabras como “*esto es Mi cuerpo ... Hagan esto en memoria Mía.*”⁶¹ “*Reciban el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados...*”,⁶² están facultados para hacer lo que no puede hacer ningún embajador meramente terrenal. Ellos producen lo que declaran: ellos administran la misericordia que predicán.

Podemos, entonces, decir con toda verdad que Cristo está presente en Su sacerdote. Presente no como está presente en un santo, por más santo que sea, o en un ángel, por más cerca que esté del rostro de Dios. El supremo privilegio del sacerdote, así como su tremenda responsabilidad, consiste en que, en esos momentos durante los cuales ejerce su ministerio, en un sentido él es Cristo mismo. Él no dice *que Cristo te absuelva*; sino *yo te absuelvo*; no dice: *Este es el cuerpo de Cristo*, sino: *Esto es mi cuerpo*. Entonces no es simplemente el enunciado de los labios lo que Cristo utiliza, sino que Él subordina Su intención y Su voluntad para que ese acto divino se realice. Él se hace presente en el sacerdote, entonces, si Su sacerdote lo permite. Depende no de la pronunciación mecánica de palabras, sino de la decisión del sacerdote, de la unión de su libertad y su intención con la de su Creador, si, aquí y ahora, el

⁶¹ Lc 22: 19.

⁶² Jn 20: 22, 23.

Santísimo Sacramento es consagrado (y es realizada la culminante maravilla de la misericordia de Cristo); si, aquí y ahora, ese triste pecador se va perdonado; si, en una palabra, Dios, en este o aquel lugar, en este o aquel momento, *actúa como Dios*.

III. Parecería que nos fuimos lejos de nuestro tema, la Amistad con Cristo, pero en realidad no lo hemos dejado ni por un momento. Hemos considerado distintos modos en los que la Amistad de Cristo se nos hace accesible, y hemos visto cómo ella no consiste solamente en una adhesión interior a Él, sino también en un reconocimiento y una acogida exterior de Jesucristo. De Jesucristo con Su naturaleza humana, y con Su Autoridad.

Ahora bien, Su naturaleza humana llega a nosotros en el Sacramento del Altar; Su Autoridad divina viene en la naturaleza humana de quienes componen Su Iglesia y tienen potestad para hablar en Su nombre. Sin estos modos en los que Él se nos hace Presente, no podemos recibir a Cristo, y por ende la Amistad con Cristo no puede darse como Él lo quiere. Y una de esas modalidades es, insistimos, Su Presencia en el Sacerdote.

Él habita aquí en la tierra, hablando a través de los labios de Su sacerdote, en la medida en que ese sacerdote transmite la enseñanza autoritativa e infalible del Cuerpo Místico del cual es portavoz.

Él ejerce Su poder aquí en la tierra, en esos actos divinos del sacerdote que sólo el poder divino puede realizar, desplegando la prerrogativa de misericordia que pertenece únicamente a Dios, haciéndose presente en Su naturaleza humana bajo las formas del Sacramento que Él mismo instituyó. Y además de todo esto, en ese clima que en torno al sacerdocio crean los fieles instintivamente (más que por instrucciones precisas de la Iglesia), Él exhibe atributos de Su divinidad, atributos que alimentan la amistad con aquellos que lo aman.

Porque ¿qué otra cosa es ese espíritu desprendido y como distante, tan característico del sacerdocio católico, sino el perfume de la inaccesible santidad de Dios, el Santísimo, cuyo rostro no se atreven a mirar los Ángeles, traducido en términos de vida común?

Pero también, ¿qué es esa sorprendente accesibilidad del sacerdote para aquéllos que lo buscan (más como sacerdote que como hombre), sino el modo humano de la divina disposición para recibir a *“todos los que están afligidos y agobiados”*..⁶³

La misma pureza del sacerdote, su renuncia a crear lazos familiares, su privarse, como hombre, de lo que normalmente hace al hombre, esto también es como un lejano reflejo de la radiante Personalidad de Aquél que era el hijo de la Virgen, que eligió a alguien Virgen como Su precursor y a alguien Virgen como Su amigo, que en la Corte celestial es seguido dondequiera que vaya por sus elegidos que *“no se han contaminado con mujeres y son vírgenes.”*⁶⁴

Por eso, la devoción al sacerdocio, el respeto por su función, la exigencia de alto nivel en quienes van a cumplirla, el celo en la defensa de su honor, todo eso no son más que manifestaciones de esa Amistad de Cristo de la que estamos tratando, y del reconocimiento de Cristo en su Ministro y representante.

No se trata de apoyarse sobre el sacerdote, ya que ningún hombre es capaz de soportar todo el peso de otra alma. Pero contar con el Sacerdocio es confiar en Cristo. Si vamos al sacerdote, sabiendo qué es lo que buscamos en él, y distinguiendo el hombre de su función, llegamos al Sacerdote eterno que vive en él, llegamos al que es *“sacerdote para siempre a la manera de Melquisedec”*.⁶⁵

⁶³ Mt. 11:28

⁶⁴ Ap. 14: 4.

⁶⁵ Sal. 110: 4.

8

Cristo en los Santos

“Ustedes son la luz del mundo”.⁶⁶

Cristo, hemos recordado, está presente en Su sacerdote mediante el *carácter* y la misión recibida de Él. Cristo es quien habla a través de su boca cuando entrega el mensaje del Evangelio; es Cristo quien, sirviéndose de la voluntad y la intención del sacerdote, así como de sus palabras y acciones, realiza los actos sobrenaturales de los ritos sacramentales y sacerdotales. Por último, las características universales del sacerdocio, como su separación del mundo y, simultáneamente, su accesibilidad, no son nada más que las características del mismo Cristo, *activado*, por así decirlo, en un medio humano.

Pero hay otra *santidad* en el mundo, además de la que se encuentra en esa consagración exterior, *ministerial*. A saber, la santidad *personal* o moral. Veamos ahora esta presencia de Cristo en el Santo.

I. En la religión católica los Santos y, sobre todo, María, reina de los Santos, son elementos muy vitales y fundamentales. En cuanto a la Virgen, no hubo nadie, nacido de padres humanos, que ejerza, o al menos que se le atribuya, una influencia tan grande sobre la humanidad como María, la madre de nuestro Señor. Es imposible ni siquiera imaginar lo que su personalidad ha significado para los hombres, de acuerdo al testimonio de infinidad de cultos en su honor, los rosarios recitados para

⁶⁶ Mt. 5: 14.

su alabanza e intercesión, las invocaciones de su nombre, en fin, el lugar que ocupa en la conciencia humana. Su nombre resuena a través de la historia cristiana tan inherente e inseparablemente como el santo nombre de Jesús. No hay circunstancia en la vida, no hay una alegría o una aflicción en la que, en un momento u otro, María no ha sido llamada a participar. Hasta el siglo XVII su imagen estaba presente en todas las iglesias cristianas del mundo entero; en la actualidad se encuentra en la gran mayoría de ellas, y se las está reinstalando en las demás. Para una mente católica pensar en María es pensar en Jesús, casi tan indisolublemente unidos como lo están las dos naturalezas de Cristo; después de todo, una de esas naturalezas proviene de ella.

Los críticos protestantes objetan que es en eso, precisamente, donde nos equivocamos, porque Cristo Jesús vino a llamar a todos los hombres directamente a Sí mismo, y nosotros ponemos a María en su lugar. Pero casi no hace falta responder, ya que todo católico sabe que toda la adoración y el honor dado a María tienen por único objeto nuestra unión con ese *fruto bendito de su vientre* ⁶⁷ que ella extiende a nosotros en cada imagen, sea la del Niño de la alegría o la del Varón de dolores. Sólo alguien que no está muy convencido de la divinidad de Cristo puede pensar que confundimos a Cristo con su madre, o equiparamos el Creador y la criatura.

Cuando buscamos en el Evangelio los designios de Dios para la humanidad, encontramos que, salvadas las distancias, María ocupa un lugar de dignidad al lado de Jesús maravillosamente proporcional a su lugar en el Catolicismo; ya que, cuando su Hijo llega a un momento de humana crisis, o cuando va a ser revelado sobre Él algo nuevo y fundamental, María está a Su lado y en actitud muy significativa:

⁶⁷ Cfr. Lc. 1: 42.

“El ángel Gabriel fue enviado por Dios... a una virgen ... el nombre de la virgen era María”.⁶⁸ Con estas palabras se describe el primer paso de la Encarnación, en correspondencia perfecta con el primer paso en el proceso de la Caída original. En ambos casos vemos igualmente una doncella y una invitación a elegir, de la que dependerá el futuro. En el primer caso, la desobediencia y el amor propio de Eva precedieron al pecado por el cual cayó la humanidad. En el otro caso, la obediencia y amor a Dios de María fueron previos al proceso por el cual la misma humanidad fue redimida.

Y una y otra vez, cuando el Niño reposa en Belén, recibiendo por primera vez como Dios-hecho-hombre la adoración de la humanidad, es María la que está arrodillada junto a Él; cuando Cristo *aprende a obedecer*⁶⁹ como *Hijo del Hombre*, es de María de quien recibe órdenes. Cuando se acerca el momento de salir al mundo para comenzar esa transformación de lo ordinario en lo divino, es por el pedido de María que, como adelanto de Su misión, convierte el agua en vino. Y al momento de cerrar su Ministerio por ese signo todavía más sorprendente, al cual apuntaban todos los demás, Su propia muerte en el Calvario, *“junto a la cruz estaba su madre”*,⁷⁰ así como, siglos antes, Eva, la madre de los caídos, había estado al pie de ese Árbol de la Muerte en el que caía el primer Adán.

Si consideramos tanto la Tradición, o sea la mente y la memoria imperecedera de la Iglesia, de la que ella extrae continuamente *“lo nuevo y lo antiguo”*,⁷¹ como el registro escrito de esa Vida durante la cual María tuvo a su cuidado al que era su vida y su tesoro, en ambos casos encontramos que María está siempre al lado de Jesús. Y vemos que cuando Jesús es el Niño recién nacido, sólo podemos encontrarlo *“con María su ma-*

⁶⁸ Lc. 1: 26-27.

⁶⁹ Cfr. Heb 5:8.

⁷⁰ Jn. 19:25.

⁷¹ Mt. 13:52.

dre”;⁷² cuando lo adoramos como hombre, obediente como él quiere hacernos obedientes, es en la casa de María donde Él está; cuando vamos a la Cruz para lavarnos en Su preciosa sangre, María está mirándonos desde un costado. Y lo mismo nos dice la Historia, que cuando María es amada, Jesús es adorado; donde María, la madre de Su humanidad, es despreciada o subestimada, se apaga la luz de Su divinidad...

II. Lo que es verdad de María, lo es también de los Santos. Es decir, dondequiera que Cristo Jesús es adorado como Dios, allí, como las flores de la tierra, Sus amigos surgen de a miles; y donde su divinidad es negada o puesta en duda, la marea de lo sobrenatural desciende sensiblemente.

Y, además, todo católico sabe que la devoción a los Santos aumenta la devoción a su Amigo divino. Muchísimos aprendieron a conocer y amar a Jesucristo a través de Su amistad con ellos, a través de los sacrificios que hicieron por Él, de la manera en que ellos fueron capaces de reproducir Su imagen en sus vidas, mostrando en su humanidad caída la sagrada humanidad de Cristo. ¿Cómo es posible hacerse amigo de los amigos de Cristo, sin buscar también la Amistad divina que los ha inspirado?

Ahora bien, ¿de qué modo podemos decir que Cristo está presente en Su madre o en sus Santos? Porque Él no está en ellos como está en la Eucaristía, o como está en la Iglesia Católica, Su Cuerpo, o como está en el sacerdote que hace presente Su sacerdocio eterno.

Ellos tienen sus vidas, y Él tiene la suya. Y esas vidas de los Santos son como espejos de la Luz divina, en la que podemos ver Sus perfecciones. Sin embargo esto no es todo. Jesús está en ellos como una llama en un farol. Sus vidas no son meras imitaciones o reflejos de la Suya, sino, más aún, son *manifestaciones* de la vida de Cristo. Las gracias que muestran son

⁷² Mt. 2:11.

realmente las mismas gracias que colmaban Su humanidad sagrada; su horror al pecado es el Suyo; los poderes que ejercen son Suyos. Ellos son "*la luz del mundo*";⁷³ ya que arde en ellos la suprema Luz del mundo.

La vida de cada uno de ellos está "*escondida con Cristo en Dios*".⁷⁴ Con la ayuda de la gracia ellos fueron cincelandos la piedra de su naturaleza humana, con oración, con esfuerzo, con mortificación, incluso con los golpes finales del martirio, hasta que, poco a poco, o de una vez por repentino heroísmo, pudo surgir de ese rústico material, no el Ángel de Miguel Ángel, no una simple copia del Modelo perfecto, sino el Modelo mismo. Es Él quien ha vivido en ellos tan realmente, aunque de otra manera, como en el Sacramento del altar. Es Él quien aparece ahora en ellos en la culminación de su santidad, patente para todos los que tienen ojos para ver.

Por supuesto que no es Él mismo, pura y simplemente, ya que aún permanece en cada Santo esa pátina o película de la propia identidad personal que Dios le dio y no puede quitarle. Precisamente, el Santo ha sido creado y santificado con esa identidad personal que pondrá al servicio de la misión de Cristo sobre la tierra. Querer mirar directamente al sol es quedarse ciego, o al menos deslumbrados por el exceso de luz. El Santo nos ayuda, como una lente especial, a ver a través de su personalidad la toda santa de Jesús, la blancura radiante de Su perfección absoluta, no distorsionada ni disminuida, sino como detallada en sus diversas facetas, para que podamos apreciarla mejor.

En el Santo de la penitencia se manifiesta Su tristeza por el pecado; en el mártir, su heroica y dolorosa pasión; en el doctor de la Iglesia, los tesoros de Su sabiduría; en la Virgen, Su pureza.

⁷³ Mt. 5:14.

⁷⁴ Col. 3:3.

En María, la que es Virgen, Madre, Dolorosa, la que es Causa de nuestra alegría, la del Corazón traspasado, la del Magnífico, la Inmaculada Concepción, en Ella vemos, en una sola persona humana, la plenitud y la perfección de todas las virtudes y gracias de que una sola alma es capaz. *"Toda hermosa eres, amada mía, y no hay mancha alguna en ti"*.⁷⁵

Así, entonces, Cristo viene a nosotros, proyectándose en esa Corte de Sus amigos que rodean Su trono. *"A tu diestra una Reina ... la hija del Rey, con vestidos tejidos en oro"*,⁷⁶ y a cada lado, en su orden, aquellos que aprendieron a llamarlo su Amigo. Es verdad, fueron concebidos y nacieron en pecado, pero *"a través de muchas tribulaciones"*⁷⁷ restauraron primero y luego conservaron esa Imagen según la cual fueron creados, y se identificaron con Cristo en tal medida que se puede decir de ellos que, aunque siendo ellos mismos, *ahora es Cristo el que vive en ellos*.⁷⁸

Por eso, tratar de separar a Cristo de Sus amigos los Santos, y desterrar a la Reina Madre de la cercanía del trono de su Hijo, no sea que ella reciba demasiado amor y homenaje, es una extraña manera de buscar la Amistad de aquél que es todo para ellos.

Una amistad con Cristo puramente individual se reduce a algo aislado, pobre, débil y casi carente de amor, comparándola con la que se puede apreciar en el esplendor de la Fe y la práctica católica, de las que surgen, como innumerables rayos, nuevos modos de amar a nuestro Señor.

Porque Él está presente en todos Sus santos, aunque en cada uno a su manera, como la luz del sol está presente, diversamente, en el ardor del mediodía, en las tiernas luces del amanecer, en un espejo de agua, en el rojizo resplandor de una

⁷⁵ Cant. 4:7

⁷⁶ Sal. 45: 10-14.

⁷⁷ Cfr. Hch. 14:22; Apoc. 7: 15.

⁷⁸ Gal. 2:20. (12)

puesta de sol, en el plateado de la luna y en el color de una flor.

Debemos aprender de una vez que Cristo es Todo, y no sólo uno entre diez mil. Es decir, que Él es *Todo*, y que no hay gloria o gracia en ninguna parte que no sea Suya, ni hay perfección que no sea relativa a Su Absoluto, ni color que no sea un elemento de Su blancura, ni sonido que no esté en la escala de Su música. Y una vez que estemos a la altura de lo que queremos decir cuando lo llamamos Dios, y llenos de esperanza de ver Su humanidad, ¡entonces sí!, lo encontraremos en todas partes. Y no temeremos nada más que lo que pueda separarnos de Él.

Recordemos: *todo es de ustedes, ustedes son de Cristo, y Cristo es Dios.*⁷⁹

⁷⁹ I Cor. 3: 22-23.

9

Cristo en el Pecador

*“Este hombre recibe a los pecadores
y come con ellos”⁸⁰.*

Cristo se nos hace accesible, ofreciéndonos Su amistad bajo diversas formas y apariencias. Así nos permite acercarnos a varios aspectos de Su personalidad, admirar Sus virtudes y recibir Sus gracias.

Por ejemplo, nos extiende Su sacerdocio en Sus sacerdotes, y Su propia santidad en los Santos. Ambas representaciones Suyas son fácilmente aceptables para todos. Cualquiera que sepa algo de la divinidad de Jesús tendría que tener grandes prejuicios o estar bastante ciego para no reconocer la voz del Buen Pastor en las palabras que Su sacerdote está autorizado a pronunciar, o la santidad del Santísimo en la vida sobrehumana de sus amigos más fieles.

Pero no es tan fácil reconocerlo en el pecador, ya que éste, en cuanto tal, no puede ser asumido por Cristo. Incluso para Sus discípulos más queridos fue difícil y fueron tentados a fallarle cuando en la Cruz, y más aún en Getsemaní, *El que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros*.⁸¹

I. Sin embargo hay que recordar, en primer lugar, que entre sus más marcadas características, tal como consta en los Evangelios, está Su amistad con los pecadores, Su extraordina-

⁸⁰ Lc. 15: 2.

⁸¹ Cfr. 2 Cor 5: 21.

ria simpatía por ellos y Su aparente comodidad en su compañía. A tal punto que acusaron de eso, precisamente, al que decía enseñar, como lo hizo, una doctrina de perfección. Y sin embargo, si lo pensamos, esta actitud de Jesús es una garantía y prueba de Su divinidad, ya que sólo el Altísimo podía descender tan bajo, y nadie sino el mismo Dios podía mostrarse tan humano.

Por un lado, no los trata con desdén: "*este hombre recibe a los pecadores*",⁸² ni se conforma con predicarles: Él *come con ellos*,⁸³ descendiendo a su nivel. Pero, por otro lado, no hay en Él nada de esa tonta y moderna actitud de indiferente amoralidad: Su mensaje final es siempre, "*en adelante no peques más*".⁸⁴

Tan ostensible, de hecho, es Su benevolencia hacia los pecadores que, a primera vista, da la impresión que se ocupara más de ellos que de los Santos: "*No he venido a llamar a los justos,*" dice, "*sino a los pecadores.*".⁸⁵ En un mismo sermón, insiste tres veces sobre lo mismo, con otras tantas parábolas dirigidas a quienes, por sus prejuicios, están naturalmente tentados de caer en el principal peligro de las almas religiosas, el fariseísmo.⁸⁶ A saber: la moneda de plata perdida en la casa parece tener más valor que las nueve que siguen guardadas; la oveja caprichosa perdida en el desierto vale más que las noventa y nueve en el corral; el hijo rebelde perdido en el mundo es más querido que el mayor, el que había permanecido en la casa.

Pero notemos cómo actuaba eso que enseñaba. Porque no se trataba de una benevolencia abstracta, sino de una amabilidad muy especial para con cada pecador. Hasta parece elegir y acercar a Él los tres prototipos de pecador. Así, al tosco mal-

⁸² Lc. 15: 2.

⁸³ *Ibid.*

⁸⁴ Jn 8: 11.

⁸⁵ Mt. 9: 13.

⁸⁶ Cfr. Lc. 15.

hechor le promete el paraíso; a la apasionada y sensible Magdalena le da la absolución y un elogio; y al aún más repugnante de todos, el traidor frío y calculador, que prefiere treinta monedas antes que a su Maestro, Jesús lo recibe, en el mismo momento y clímax de su traición, de la manera más afectuosa: "*Amigo, ¿a qué has venido?*"⁸⁷

Hay algo que surge del relato del Evangelio con suficiente claridad. Y es que conocemos a Cristo en su aspecto más característico cuando lo encontramos entre los pecadores.

II. Y ¿cuál será el sentido de esta realidad, que desconcierta al mundo? Porque es claro que podemos reconocer a nuestro Sumo Sacerdote cuando se ofrece en su Altar; a nuestro Rey de los Santos cuando se transfigura; hasta podemos reconocerlo cuando se ocupa de los pecadores, como de cada uno de nosotros. Pero ¿podemos decir, razonablemente, que Él se identifica con ellos al punto que tenemos que buscarlo no sólo *entre* ellos, sino *en* los pecadores?

Así lo hicieron y lo hacen los Santos, y su ejemplo es claro e inequívoco. Totalmente unidos a Cristo, buscan nada más que a Él. Tanto si se retiran del mundo para consagrarse a Él en la penitencia y la oración, como si le dedican todos sus esfuerzos en medio del mundo, lo hacen buscando, no sólo las cosas ajenas a Cristo que puedan convertirlas en Suyas, sino a ese *criso* que todavía no es Suyo, para reconciliarlo con Él.

Después de todo, no es tan complicado. Porque Cristo es la "*luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*",⁸⁸ y la Presencia de Cristo es lo que da valor a un ser humano. Ciertamente, en cierto sentido, el que prefirió el pecado perdió a Cristo, en cuanto que Él ya no está en su alma por la gracia. Pero en otro sentido, terriblemente real y trágico, Cristo está todavía allí. Si un pecador echó a Cristo por su pecado, podr-

⁸⁷ Mt. 26: 50.

⁸⁸ Jn 1: 9.

íamos dejarlo seguir su camino. Pero como, en frase tremenda de San Pablo, el que está en pecado todavía tiene a Cristo, *crucificándolo y burlándose de Él*,⁸⁹ no podemos abandonarlo.

Todavía no entró al infierno. Todavía no perdió definitiva y eternamente la Presencia de Dios. Sigue en un estado de *libertad condicional* y, por lo tanto, todavía mantiene a su Salvador como atado a él, místicamente. Allí, entonces, nuestro Amigo no sólo está buscándolo externamente, sino también interiormente: en la voz casi sofocada de su conciencia está la Voz de Jesucristo rogándole a través de labios otra vez silenciados a golpes. Ahí está la Luz del mundo, reducida, por el peso de las cenizas, a una pequeña chispa. Ahí está la Verdad absoluta, casi silenciada por la Falsedad. Ahí está la Vida del mundo, empujada al borde de la muerte por una vida que todavía está en este mundo y es de este mundo.

Desde el fondo de esta alma llora nuestro Amante con la mayor amargura. *¡Tengan piedad de mí, mis amigos! Con las palabras de mi sacerdote aún puedo hacer grandes maravillas y gestos de misericordia; en la vida de mis Santos puedo vivir nuevamente en la tierra una vida Santa. En los corazones en gracia estoy, por lo menos, tolerado y en paz, si no realmente bienvenido. Pero en el alma de este pecador soy impotente. Hablo, pero no soy escuchado. Lucho y me derriban. “Miren y vean si hay dolor como mi dolor”.⁹⁰ ¡Escúchenme!, “tengo sed” ...⁹¹*

Ahí está Cristo, oculto y presente en alguien que lo ha rechazado.

III. Ahora bien, este reconocimiento de Cristo en el pecador es fundamental para ser capaces de ayudarlo. Debemos creer en sus posibilidades. Y su única *posibilidad* es Cristo. Tenemos

⁸⁹ Cfr. Heb. 6: 6.

⁹⁰ Lam 1: 12.

⁹¹ Jn. 19: 28.

que reconocer que bajo su aparente ausencia de fe todavía existe una chispa de esperanza; bajo su falta de esperanza, al menos un destello de caridad. Discusiones y reprimendas serían inútiles. Más bien, tenemos que hacer, en la medida de nuestras capacidades, algo de lo que Cristo hizo en Su omnipotente amor: identificarnos con el pecador, penetrar, a través de su falta de amor y sus oscuridades, hasta el amor y luz de Cristo, que seguramente todavía no lo ha dejado. En una palabra, tenemos que hacer que surja lo mejor de él y no lo peor (como nuestro Señor hace con nosotros cada vez que perdona nuestros pecados), y perdonar sus ofensas como esperamos que Dios perdonará las nuestras. Reconocer a Cristo en el pecador es no sólo un servicio a Cristo, sino también al pecador.

Sin embargo, ¡qué pena dan los cristianos que no lo comprenden, o que no lo viven! Es más fácil hacerlos participar en una función litúrgica en honor a Cristo; o hacer que lo adoren en el Santísimo Sacramento; o que reconozcan Su Presencia en sus sacerdotes; o que celebren la fiesta de un Santo. Pero es terriblemente difícil persuadirlos para trabajar con aquellos que en principio *deshonran* a Cristo, paganos y pecadores. Estamos más dispuestos a mirarnos a nosotros mismos, en nuestra propia práctica religiosa, y a dejar a los pecadores librados a sí mismos, poniendo barreras, haciendo comentarios quizás ofensivos, y olvidando que no reconocer el clamor de los paganos y del publicano es no reconocer al Señor a quien decimos servir, que se presenta bajo esa apariencia en la que Él desea más urgentemente nuestra amistad.

Miremos el crucifijo. Luego miremos al pecador. Ambos son, en sí mismos, repugnantes y horribles a los ojos de una perfección fría y sin Dios. Pero ambos son amables y deseables desde que Cristo está en ambos. Uno y otro son infinitamente patéticos y atractivos, porque en ambos *El que no conoció pecado es hecho pecado*.⁹² Y porque el crucifijo y el pecador

⁹² Cfr. 2 Cor. 5: 21.

son profundamente, y no sólo superficialmente, semejantes en esto: que ambos son lo que la voluntad rebelde del hombre ha hecho de la Imagen de Dios; y por lo tanto, deben ser objeto de la más profunda devoción de todos los que desean ver esa Imagen gloriosamente restaurada, de todos los que pretenden sentir alguna simpatía por Aquel que no sólo es el Amigo de los pecadores, sino que eligió identificarse con ellos.

Por eso, no reconocer a Cristo en el pecador es no reconocer a Cristo cuando Él es, más inconfundible y plenamente, Él mismo. Toda la devoción en el mundo a la blanca Hostia en la custodia; toda la adoración al inmaculado Niño en los brazos de Su inmaculada Madre, todo eso fracasa totalmente en su finalidad, a menos que lo acompañe una pasión por las almas de quienes todavía no honran a Jesús, ya que, bajo toda la suciedad y la corrupción de sus pecados, El que está en el Santísimo Sacramento y en el Pesebre habita también ahí, y pide a gritos nuestra ayuda.

Por último, es necesario recordar que, si tenemos que sentir lástima por Cristo en el pecador, por lo mismo debemos sentir lástima por Cristo en nosotros mismos...

10

Cristo en los demás

*“Lo que hiciste con uno de estos mis hermanos,
lo hiciste conmigo”⁹³.*

Es cierto, es relativamente fácil reconocer a Cristo en el sacerdote y en el Santo. En el sacerdote Él ofrece el sacrificio; en el Santo Él se transfigura, o más bien transfigura la humanidad una vez más con Su propia gloria.

La dificultad en reconocer a Cristo en el pecador es la misma que nos hace difícil verlo en el Crucifijo, aunque esta dificultad, una vez superada, se ilumina con el resplandor del divino Crucificado.

Hemos visto, también, que quienes no ven a Cristo en esos modos de presencia pierden, de hecho, incalculables oportunidades de acercarse a Él y apreciar la plenitud y la variedad de esa Amistad que Jesús nos ofrece.

Pero Cristo toma otra apariencia todavía más extraña que cualquiera de las que hemos visto. Y lo más desconcertante de todo es lo que nos dice acerca de Su presencia, no en tal o cual hombre en particular, sino en el hombre común y ordinario que tenemos al lado. Cuando nos enseña que nuestro *prójimo* es tan representante y vicario Suyo en la tierra como el sacerdote o el Pontífice, aunque en otro sentido, como veremos a continuación.

I. Así lo enseña en la parábola que describe Su propio regreso para juzgar a la humanidad.⁹⁴ A Su derecha estarán los justos,

⁹³ Mt. 25: 40.

los que se han salvado; y a Su izquierda los que se han condenado. Y la única razón que asigna en Su particular discurso, para esa eterna separación, es que los primeros lo sirvieron en su prójimo y los segundos no lo hicieron. *Lo que hicieron a uno de estos mis hermanos, a mí me lo hicieron.*⁹⁵ Y según eso, unos entran en la Vida, otros en la muerte.

No deja de sorprendernos la ignorancia, aparentemente genuina y sincera, de unos y otros, acerca del mérito o demérito de sus vidas. Ambos parecen discutir la sentencia de absolución y condena, respectivamente: "*Señor, ¿cuándo Te vimos hambriento o sediento, ... desnudo ... o enfermo o en la cárcel?*"⁹⁶ *Nunca te hemos servido*, parecen decir de un lado. *Nunca te hemos descuidado*,⁹⁷ parecen decir los del otro.

En respuesta el Señor repite el hecho de que, al atender o al descuidar a su prójimo, lo atendieron o lo descuidaron a Él.

Curiosamente Jesús no explica cómo acciones realizadas en la ignorancia pueden, a Sus ojos, acarrear méritos o deméritos. Pero la explicación no es tan difícil. Es que la ignorancia nunca es completa. Y es un hecho de experiencia universal que todos sentimos una inclinación instintiva hacia nuestro prójimo, que no podemos rechazar sin un cierto sentido de culpabilidad moral.

Es posible que, sea por ignorancia o por un rechazo deliberado de la luz, alguien pueda no entender o aceptar la paternidad de Dios y las exigencias de Jesucristo. Y hasta es posible que alguien pretenda sinceramente estar intelectualmente justificado al negar explícitamente esas verdades.

Pero nadie vivió una vida totalmente egoísta desde el principio, ni nadie rehusó deliberadamente amar a su vecino o negó

⁹⁴ Cfr. Mt. 25: 31ss.

⁹⁵ Cfr Mt. 25: 40.

⁹⁶ Mt. 25: 37.

⁹⁷ Cfr. Mt 25: 38-44.

la fraternidad humana sin tener conciencia, en algún momento, de estar atentando contra lo mejor de sí mismo.

Los cristianos sabemos que el segundo gran mandamiento extrae su fuerza del primero. Sin embargo, a pesar de ello es un hecho perfectamente cierto que, aunque algunos no perciben, por una razón u otra, la fuerza del primero, nadie rechaza el segundo sin un cierto sentido de culpabilidad.

Cristo es *la Luz que ilumina a todo hombre*⁹⁸, la Voz de la Palabra eterna. Y aunque Su nombre y Sus acciones históricas pueden ser desconocidos, es Él quien llama en la voz de la conciencia. Por eso, al desoír las necesidades del prójimo, estamos desatendiendo los llamados del Hijo del hombre. No sería ninguna excusa la ignorancia sobre la figura histórica de ese Cristo que exige nuestro culto y obediencia. Aquí lo que interesa es que descuidar al prójimo es rechazar un impulso interior, imperioso y obligatorio, el cual, por eso mismo, apela a nuestro sentido de lo que es moralmente bueno, a pesar de la posible ignorancia acerca del origen de ese impulso y su referencia a la Voz que hablaba en Judea.

Pilato no es condenable por no saber los artículos del credo de Nicea, o por no reconocer al Prisionero que tenía delante de él, sino por rechazar el reclamo de la justicia y el derecho de un hombre inocente a ser absuelto. Lo suyo fue una afrenta a la Verdad Encarnada porque agravió a la Justicia.

Aquí, entonces, hay un hecho innegable. Aquél que no cumpla el segundo mandamiento no puede ni siquiera implícitamente cumplir el primero: aquél que rechaza Cristo en la humanidad, no puede aceptar a Cristo en la divinidad. *"El que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve"*.⁹⁹

II. Así es que no es tan difícil reconocer a Cristo en los que podríamos llamar sus aspectos más elocuentes. La admiración

⁹⁸ Cfr. Jn. 1: 9.

⁹⁹ I Jn. 4: 20.

que sentimos por las heroicas hazañas de los Santos, así como la fuerte repulsión que nos provoca la degradación de los pecados más feos son, al menos, un homenaje inconsciente de nuestra parte a la divina imagen y Presencia en de ellos, bien manifiesta en el primer caso, y tan ultrajada en el segundo.

Pero no es tan fácil reconocer a Cristo en el hombre común, así como no lo es reconocer la divina voluntad y orientación en las circunstancias más ordinarias. ¿Cómo es posible, nos preguntamos, que Aquél que es Único se oculte en lo ordinario? ¿Cómo es posible que el más Hermoso de los hijos de los hombres se esconda en el menos atractivo? ¿Cómo es posible que el *elegido entre miles*¹⁰⁰ se disimule entre los que no salen de lo común?

Sin embargo, si el amor al prójimo significa algo, significa exactamente esto. "*Cristo en el corazón de cada uno que piensa en mí... así como en el corazón de quien nunca me recuerda. Cristo en la boca de todo aquel que habla de mí. Cristo en todo ojo que me mira. Cristo en cada oído que me escucha*".¹⁰¹

El marido, por ejemplo, tiene que ver a Cristo en su esposa, aunque ésta sea una frívola que gasta la mitad de su fortuna y la totalidad de sus energías en la más vacía ambición social.

La esposa tiene que ver a Cristo en el marido, aunque éste no tenga otro mundo que sus negocios durante la semana y su diversión los domingos. La joven que vive en su casa tiene que encontrar a Cristo entre sus padres, aunque la atosiguen, y en esas tareas que le aburren: y sus padres tienen que encontrar a Cristo en esa hija que tal vez sea indolente y antipática. El monje benedictino tiene que ver, en cada huésped que llega al monasterio, nada menos que al mismo y adorable Señor y Maestro. Todos tenemos que verlo en *nuestro prójimo*, es decir que en ese ambiente común en el que nos movemos, *en el*

¹⁰⁰ Cfr. Cant. 5: 10.

¹⁰¹ San Patricio. "*Breastplate of St. Patrick.*"

*edificio, en el asiento de al lado, en donde estamos,*¹⁰² tenemos que encontrar a Aquel que habita en la Eternidad, o no podemos afirmar que lo conocemos tal cual es.

III. Hacerlo siempre perfectamente es la Santidad. Encontrarlo así es encontrarlo en todas partes. Y si lo encontramos en el prójimo, cuánto más fácilmente lo encontraremos en el Santo, en el pecador, en el sacerdote, en la Iglesia y el Santísimo Sacramento. Y no hay ningún atajo hacia la santidad.

Dos consideraciones, sin embargo, se imponen:

(i) tenemos que recordarnos constantemente este llamado, y permanecer descontentos con nosotros mismos hasta que al menos estemos intentando responderle.

Porque hay un riesgo. Todo lo que nos encanta y fascina en lo que usualmente se conoce como *religión*, trae consigo este extraordinario peligro de que lo tomemos como la religión misma. Apenas hay peligro tan grande como éste, en estos tiempos en que la religión cuenta con la ayuda a tantas bellezas del arte y devoción. Podemos ir todavía más lejos, y decir que los consuelos divinos, dados para nuestra bien, pueden convertirse para nosotros en una ocasión de pecado. Cristo nos acaricia, nos atrae y nos encanta, especialmente en las primeras etapas de la vida espiritual, con el fin de alentar nuestros esfuerzos. Y corremos el riesgo de confundir los dones de Cristo con el mismo Cristo, la religiosidad con la religión, y las posibles alegrías en la tierra con la alegría que nos espera en el cielo. En otras palabras, podríamos confundir el mero decir *¡Señor. Señor!* con el verdadero *hacer la voluntad del padre que está en los cielos.*¹⁰³

Por eso tenemos que verificar continuamente nuestro progreso con resultados prácticos. ¿Me resulta cada vez más fácil adorar a Cristo en el sagrario, y, por lo mismo, servir a Cristo en mi

¹⁰² Ibid. En el original: "*in the fort, in the chariot-seat, in the ship*".

¹⁰³ Cfr. Mt. 7: 25.

prójimo? Porque si no, no estoy haciendo ningún progreso en absoluto. No estoy avanzando en toda la línea, sino solamente en un aspecto, en desmedro de los demás. En realidad no estoy cultivando mi Amistad con Cristo, sino más bien mi propia concepción de Su Amistad. Estoy cayendo en la peor de las trampas interiores. *"Lo encuentro en el resplandor de las estrellas. Lo encuentro en el florecer de los campos. Pero entre los hombres, no lo encuentro"*.¹⁰⁴ Y, por lo tanto, no lo estoy encontrando tal como Él quiere que lo encontremos.

(ii) También ayuda, para este reconocimiento de Cristo, el conocimiento de sí mismo. Porque, al querer ver al que es Único en el más común y ordinario de los hombres, mi mayor dificultad es meramente superficial e imaginativa. Por eso, conociéndome mejor a mí mismo, y reconociéndome también a mí en ese nivel, y viendo cómo Cristo todavía me soporta, me tolera y sigue habitando en mí, me resulta más fácil reconocer Su presencia en los demás.

Al profundizar en el conocimiento de mi propio carácter, al ir descubriendo cómo el amor propio lo impregna todo, viendo en mí tan poco celo por la gloria de Dios y tanto por la mía propia, y cómo mis mejores acciones son contaminadas por los peores motivos, y al notar que a pesar de todo Cristo sigue condescendiendo a habitar en mí y a brillar en un corazón tan ensombrecido como el mío, todo eso me hace cada vez más fácil entender que Él puede, con mayor facilidad aún, morar dentro de esa apariencia de mi prójimo más insoportable, aquél de cuya indignidad nunca voy a estar tan seguro como de la mía propia.

Empezá a tallar esa madera, la de tu cabeza dura, y me encontrarás. Levantá esa piedra, la de eso tan duro e insensible que llamás tu corazón, y verás que estoy allí. ¹⁰⁵ Y luego, habiendo encontrado a Cristo en vos mismo, podrás encontrarlo en tu prójimo.

¹⁰⁴ *Morte d'Arthur*, Tennyson.

¹⁰⁵ Cfr. *Logia of Jesus*.

Cristo en el que sufre

*“Completo en mi carne
lo que falta a los sufrimientos de Cristo”.*¹⁰⁶

Cristo, la *Llave* de la *Casa de David*, es la solución para las dificultades que encuentran muchos no católicos en las enseñanzas de la Iglesia. Y es la respuesta para los que dicen, por ejemplo, que los católicos *predicamos la Iglesia en lugar de Cristo*, que somos supersticiosos, si no idólatras, en nuestra adoración del Santísimo Sacramento o en nuestra reverencia a los Santos, que sobrevaloramos el Sacerdocio cristiano, que somos demasiado benévolo con los pecadores y fáciles con la absolución.

Pero cuando la mente capta que la solución está en Cristo, la dificultad se desvanece en un resplandor de luz. Al percibir que la Iglesia es el Cuerpo en el que Cristo habita y comunica Su gracia, que el Santísimo Sacramento es Él mismo en la misma naturaleza humana en la que vivió en la tierra y ahora triunfa en el cielo, que la santidad de los Santos es Suya, que las palabras y acciones sacerdotales son las palabras y las acciones del Sacerdote eterno, y que el clamor supremo de los pecadores es el clamor de Cristo maltratado y crucificado o abandonado dentro de ellos, en ese mismo instante que se ven estas cosas y a Cristo como prolongado en cada una de esas presencias, en cada uno de un modo particular, no sólo las dificultades desaparecen, sino que se abren nuevos y sorpren-

¹⁰⁶ Col 1: 24.

dentos caminos por los que Cristo se acerca y se nos ofrece como el Amante y el Amigo que sólo quiere ser conocido y amado.

Concentrémonos en uno de esos aspectos, que se relaciona con un hecho que va más allá del catolicismo dogmático, un hecho presente en cada filosofía y en cada religión, y preguntémonos si Cristo no es la clave también para *el problema del dolor*.

I. En el corazón de cada intento de resolver el misterio del universo aparece la pregunta de por qué el dolor es, o parece ser, el acompañante inseparable de la vida.

Entre los miles de intentos está el del monismo, que pretende que no hay un Dios trascendente, de infinito poder y amor, sino que todo es Dios, un Dios incoado que sufre, y nosotros en él, en su esfuerzo por realizarse.

Otra respuesta es la del Budismo, que ve al dolor como la consecuencia inevitable del pecado personal de cada uno, que sufre ahora el castigo de las culpas de una vida anterior.

No falta alguna secta que sostiene que no existe tal problema del dolor, porque en realidad no hay tal sufrimiento, sino una mera ilusión que surge de pensar en eso. Pero no explican por qué nuestro pensamiento tiene que convertirse en algo tan triste, ni por qué nos ilusionamos precisamente con eso.

El problema sigue presente. Y clama por una solución en cada niño que sufre inocentemente en su cuerpo, tal vez por culpa de sus padres; en cada corazón atormentado a causa de alguien o de delitos de los cuales no es responsable; y, sobre todo, en cada alma agobiada y ensombrecida al creer que ofendió irremediable y mortalmente a ese Dios al que ella siempre procuró servir.

En todo caso, lo que se nos hace difícil de entender no es tanto la consecuencia directa y evidente que sufre el pecador por sus pecados personales. Ni nos asombra demasiado cuando un asesino es condenado o un marido golpeador es castigado.

Hasta ahí, nuestra idea de la justicia coincide con el plan de Dios.

Lo que nos desconcierta totalmente es ver, por ejemplo, a un niño que sufre por un pecado que aún no puede comprender; o a una personalidad naturalmente dulce que es, aparentemente, perturbada y amargada por un dolor que no cree haber merecido; o que el dolor ataca una y otra vez a personas que merecerían disfrutar de una permanente alegría, mientras que, por otro lado, los malvados son también *altamente ensalzados*.¹⁰⁷

II. En primer lugar, hay que notar que la principal razón por la cual el intelecto no puede analizar satisfactoriamente este supremo problema es porque no está para eso. Sería tonto intentar poner el amor de una madre bajo un microscopio, o rastrear el universo con un telescopio con la esperanza de encontrar a Dios. El dolor es uno de esos hechos fundamentales que deben ser encarados por la totalidad del hombre: su corazón, su voluntad y su experiencia, además de su cabeza. Estrictamente hablando, el intelecto tiene por objeto las abstracciones intelectuales hechas desde el ámbito de los hechos concretos.

Podemos sumar dos más dos infaliblemente, porque *dos más dos* es una abstracción que mi intelecto se hace desde el mundo que me rodea. Pero nunca voy a poder poner juntas de esa manera a dos personas, y calcular exactamente los resultados en el futuro.

Si el problema de dolor puede resolverse ha de ser encarado por la totalidad del hombre, y no por una parte.

Y cuando nos volvemos a Cristo crucificado, sabiendo quien es y lo que Él es, el problema se coloca ante nosotros en su forma más aguda. No es un mero hombre el que está ahí, es el Hombre sin culpa. Y no es meramente un hombre sin culpa: es Dios encarnado. Ciertamente esto no nos resuelve el problema acerca de cómo puede ser justo que uno pueda sufrir por los

¹⁰⁷ Cfr. Sal. 37: 35.

pecados de otro; pero nos muestra inconfundiblemente que uno puede sufrir consciente y voluntariamente. Más aún, que este principio de expiación es tan amplia y fundamentalmente efectivo que el mismo Legislador divino puede aprovecharlo.

Eso nos da, como cristianos, la tranquilidad que necesitamos, ya que nos demuestra que el dolor no es una infeliz ilusión, ni necesariamente el pago por un descuido culpable, ni es parte del dolor de parto de un embrión de Dios que va creciendo; sino una excelsa y fecunda parte de la vida que, desde que el mismo Creador quiso abrazarla, ha de formar parte de esa idea divina de justicia a la que nuestras propias ideas deben adaptarse.

Esto, por cierto, no explica el problema; hace el trabajo de entenderlo quizás más complicado que antes. Sin embargo, nos muestra a los cristianos el objeto de ese empeño bien realizado y *expuesto ante nuestros ojos*, como diría san Pablo.¹⁰⁸

Aceptando este dato, que la expiación forjada por Cristo está en conformidad con esta ley de expiación, podemos volver a mirar a los otros inocentes que sufren: el niño lisiado, o una madre agonizante, o el que pasa por la más oscura depresión. Claro que si los aislamos del resto de la raza humana, si los tomamos fuera del contexto y los consideramos individualmente, renace el desconcierto. Pero si, por otro lado, tal como lo hemos intentado a lo largo de estas consideraciones, recordamos que es posible ver a Cristo en ellos, entonces se hace la luz.

Vimos que la Iglesia, el *órgano* santo de la humanidad, dice ser el cuerpo en el que Cristo habita. En la medida en que lo es, así como vemos en la autoridad de la Iglesia la autoridad de Cristo, Su santidad en la suya, Su Sacerdocio en el de sus ministros, así vemos en los sufrimientos de la Iglesia los de Cristo en el Calvario. Y todos los que sufren, entonces, son como

¹⁰⁸ *Proegrathê*. Cfr. Gal. 3: 1.

extensiones de Cristo crucificado, así como los sacerdotes son Sus representantes.

Lo que Él hizo en el Calvario, esa misteriosa reparación en la que la víctima era la Humanidad unida a Dios, lo representa, como sabemos, en el Sacrificio de la Misa. Ahora podemos ver cómo ofrece una y otra vez ese mismo sacrificio, aunque de otro modo, con la sangre y las lágrimas de quienes están unidos a Él. “*Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo*”, ¹⁰⁹ dice San Pablo . *Yo estoy ofreciendo, podría decir el que sufre, desde mi humanidad, esa expiación que Él ofreció desde la Suya. Yo soy el ministro de Cristo, como lo es Su sacerdote en una forma, como lo es Su santo en otra, como lo es Su Iglesia entera en otra.* No afecta gran cosa a esta realidad si el que sufre está o no consciente de ella, porque su dolor tiene ese valor en virtud de la humanidad común a sí mismo y a Cristo. Así como el sacerdote consagra en el altar el Cuerpo del Señor aún si es infiel, o si está totalmente distraído, así un enfermo podría rebelarse, y estallar en febriles quejas y lamentos, y sin embargo sigue siendo Cristo paciente el que sufre en él.

El sacrificio voluntario tiene ese gran valor, y es que resuelve, de manera práctica y satisfactoria, el problema del dolor. Porque al decir *sacrificio voluntario* estamos hablando de alguien que solucionó el problema haciendo lo que su inteligencia sola no le permitiría hacer. A saber, elevándose con la totalidad de sus capacidades (con la ayuda de esa divinidad que cuenta con la ley de la expiación), a esa dimensión en la que Cristo entrega Su alma al Padre. Y abrazando y silenciando para siempre, al menos en sí mismo, esa pregunta que tortura perpetuamente a quienes nos quedamos mirando desde afuera...

III. ¡Cómo asombra y resplandece la dignidad del que sufre, que, viéndose como *otro-Cristo*, une su dolor con el Suyo! O,

¹⁰⁹ Col 1: 24.

mejor aún, siendo Cristo el único que puede cargar con los pecados del mundo, ofrece su dolor como un nuevo instrumento de la expiación de Cristo. Estos *crucifijos vivientes* permanecen firmes, por encima de ese pequeño mundo en el que perdemos tiempo en disputas y querellas. Levantando los ojos hacia ellos, y mirando más allá de un cuerpo en agonía al Cristo que sigue en ellos crucificado, aprendemos algo más acerca de la amistad de Cristo, y tal vez la última lección: que Aquel que en Su Cuerpo Místico nos pide obediencia, en Su cuerpo Sacramental nuestra adoración, en Su sacerdote nuestra reverencia, en sus Santos nuestra admiración, y para Sus queridos pecadores nuestro perdón, pide también, en los que se identifican con Él interiormente y también exteriormente, en los que soportan su dolor únicamente porque Él lo sufre por ellos, pide también eso que es lo más delicado de la amistad, nuestro amor hecho ternura y compasión.

*“Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo”.*¹¹⁰

Apurémonos pues, y sirvámosle por fin, a nuestro Amigo que lo está pidiendo, no ya vinagre, sino el mejor vino.

¹¹⁰ Col 1: 24.

12

Nuestro Amigo Crucificado

*"Padre, perdónalos..."*¹¹¹

Hemos estado considerando la Amistad de Jesucristo y los distintos modos en que Él nos la ofrece, sea interiormente o exteriormente, sea en lo íntimo de nuestra conciencia, o a través de quienes, de un modo u otro, lo hacen Presente en la tierra.

Ahora nos volvemos a los Evangelios para admirar el compromiso supremo de amistad que nos dio de una vez para siempre, la manifestación del más grandes de los amores, el que lo llevó a dar la vida por Sus amigos.

Y al verlo así, crucificado, nos asombra la variedad de funciones que Él cumple por nosotros en la Cruz. Porque como un Jefe máximo ostenta, sobre Su pecho herido, las insignias que sólo Él puede llevar: la del Sacerdocio, la de la Realeza, la de la Profecía, la del Sacrificio, la del Martirio.

Y todas y cada una de estas joyas Él las comparte con aquellos que lo siguen, y a la manera de cada uno.

Pero preferimos concentrarnos en ese aspecto en el que Jesús se nos está mostrando desde el principio: como nuestro Amigo, el que confía en nosotros y al que hemos retribuido con una corona de espinas. El que lo acepta, y sufriría todavía mil pasiones si al final pudiera convencernos de que nos ama.

Jesús habló siete palabras, colgado como estaba en el Calvario, y en cada una de ellas nos habla de Su amistad.

¹¹¹ Lc 23: 34.

*"Padre, perdónalos, porque no saben lo hacen".*¹¹²

Nuestro Amigo ya subió la colina. Fue despojado de su ropa y extendido sobre esa Cruz que llevó desde los escalones del Pretorio. Los verdugos preparan todo, eligen los clavos... La gente, cuyo amor Él vino a buscar, se agacha a mirar ese rostro que se alza para verlos. En ellos ve a todos aquellos a quienes ellos están representando, esos incontables corazones que Él quisiera conquistar. Un martillo se alza, y, al caer, Jesús pronuncia su primera palabra: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo hacen"*.¹¹³

I. Pero ¿puede decirlo, realmente? ¿Puede decir alguien, incluyendo al Dios de Caridad infinita, que *no lo sabían*? Jesús había vivido con ellos, abiertamente, durante tres años, como su sirviente y amigo. Había ayudado a todos los que habían venido a él, alimentando al hambriento, sanando a los enfermos, aliviando a los atribulados. Sabían que no rechazó nunca a ninguno de los que acudieron a Él. Aun aquellos a quienes el mundo despreciaba, las últimas ruinas de la humanidad, el publicano y la prostituta, los caídos en desgracia, todos encontraban en Él un amigo. Todo esto era innegable; era público y notorio. No podían pretender que el mundo lo rechazaba porque Él había rechazado al mundo, o que ignoraban la obra de Su incansable e inmensa caridad. Había sido un amigo para todos.

Entonces se inventó la excusa de que *no era amigo del César*. Pero también es cierto que había algo que no sabían. Y lo afirma la misma caridad divina para perdonarlos. Y es que era su Dios el que hacía todas esas buenas obras. Era el Creador el que había sido tan compasivo con Su criatura. Era al Señor de la vida al que tenían en ese momento en sus manos. Pensaban que eran ellos los que estaban quitándole la vida; no sabían

¹¹² Lc 23: 34.

¹¹³ Id.

que era Él mismo el que se anonadaba. Creían terminar con una especie de filántropo que les molestaba; pero no sabían que estaban cooperando con la obra culminante de la misericordia divina.

Ellos no sabían lo que estaban haciendo.

Sabían, entonces, que estaban acabando de la peor manera con un amigo, pero no que estaban asesinando a un Amigo divino. Sabían que estaban traicionando a un compañero, que estaban pecando contra los códigos más elementales de la gratitud, la justicia y la dignidad humana; sabían, como Pilato, que estaban matando a un *justo*, a un santo, que estaban echando sobre sus cabezas la sangre de un inocente. Pero no sabían que estaban crucificando al Señor de la Gloria, que pretendían silenciar al Verbo eterno de Dios.

Esto, por lo menos, se puede decir en su favor. Sabían que lo que hacían era horrendo, pero no conocían la magnitud de ese horror. *Por eso, Padre, perdónalos.*

II. *Como era en el principio, ahora y siempre...* El mundo, casi como Jesucristo, es el mismo ayer, hoy y para siempre. Y hay una Institución en el mundo en el que Cristo Jesús mora perpetuamente. Y es, como Jesucristo, a la vez divina y humana. Ella lleva a cabo incesantemente obras divinas y humanas. Y, como Jesucristo mismo (y como toda actividad bienhechora), encuentra una asombrosa ingratitud. Al punto que no hay momento en la Historia en el que no sea crucificada por aquellos cuyo auxilio y salvación quiere lograr. Es, de hecho, una realidad que va a durar tanto cuanto el mundo siga siendo lo que es, aunque en algunos períodos sea más manifiesto que en otros.

Y no puede decirse que no saben, al menos en parte, lo que están haciendo. Por ejemplo, saben que toda la civilización europea tiene fundamentos católicos. Saben que la Iglesia alimentó a los hambrientos, enseñó a los ignorantes, acogió a los marginados e hizo la vida más soportable para los enfer-

mos, y todo eso siglos antes de que el Estado soñara con hacerlo, y aún antes de que existiera algo llamado Estado que pudiera hacerlo. Ellos saben que ella ha sido madre de ideales, de las artes más nobles y de la belleza más pura. Hoy se usan en todos los países de Europa, sea para fines seculares o semi-sagrados, edificios que ella levantó para el propio culto de su Dios. Ellos saben que la moral de los hombres, en definitiva, se aprende en su enseñanza, y que cuando ésta se eclipsa campea la delincuencia. Y aquí, nuevamente, el único cargo contra ella es que ella no es amiga del César, ni de ningún régimen que pretenda organizar la sociedad apartándose de Dios.

Pero, ¡gracias a Dios!, la caridad divina todavía puede alegrar, a favor de los hombres, que no conocen todo el horror de lo que hacen, que todavía piensan que mutilar y torturar a la Iglesia de Dios es hacer un gran servicio. Porque no saben que ella es Su preferida, y la Amada de Su Hijo; que ella es la Ciudad Eterna que viene de Dios, que desciende del cielo; y que, en sus sufrimientos, ella participa y aplica la divina expiación por los pecados de aquellos que la crucifican.

Ellos saben que atentan contra la justicia humana, que tocan a una comunidad mundial de una manera en la que no se atreverían a lidiar con cualquier nación. Saben que están cortando la misma rama en la que ellos mismos se apoyan. Pero no saben que en este caso la tal justicia es en realidad el Derecho divino; que esa Institución que atacan es un Cuerpo que incorpora, no las vidas de los hombres, sino la Vida encarnada de Dios; que están matando, no un profeta o un siervo de Dios, sino al mismo Hijo engendrado del Padre.

Esta oración tenemos que aprender a hacerla nuestra. Y en el preciso momento de nuestra última agonía saber decir: *Perdónalos, porque no saben lo hacen.*

III. Por último, en esa oración estamos incluidos también nosotros, ya que también nosotros hemos pecado en clamorosa ignorancia. Porque aquí estamos nosotros, católicos, a quienes

se confiaron los tesoros de la verdad y de la gracia; y ahí está el mundo a quien no se lo hemos transmitido. Bien podemos confesarnos de pereza y letargo, de avaricia y falta de generosidad. Nosotros *sabemos lo que hacemos*, en buena medida: sabemos que no somos fieles a nuestras altas inspiraciones, sabemos que no hemos hecho todo lo que hubiéramos podido.

Mientras tanto, y en el fondo, *no sabemos lo que hacemos*. No llegamos a apreciar el apremio de la necesidad de Dios, ni la magnitud de lo que Él hizo por nosotros, ni la enormidad del valor de cada alma, así como de cada acto, de cada palabra, de cada pensamiento que ayuden a forjar su destino eterno.

No conocemos tampoco la tensa expectativa con la que el cielo está pendiente de nuestros impulsos. Ni cómo aquí, en estas pequeñas oportunidades de cada día, se esconden los gérmenes de nuevos mundos que pueden nacer para Dios, o para ser aplastados, en embrión, por nuestro descuido. Juguetemos con las joyas que Él nos dio, olvidando su valor incalculable; corroteamos como niños en medio del jardín, pisoteando las flores que Dios podría, sí, reemplazar, pero ya nunca restaurar...

Así crucificamos todos los días el Plan divino, y así insultamos la honra y el nombre de Dios. Y Jesús, en medio de nosotros, nos muestra las marcas de Su agonía y *espera compasión*,¹¹⁴ y *alguno que lo consuele, pero no encuentra ninguno*.¹¹⁵

Nosotros miramos, murmuramos y seguimos nuestro camino, mientras el drama de Jesús sigue ocurriendo, mientras Él sigue pendiente entre el cielo y la tierra, habiendo descendido de uno y habiendo sido rechazado por la otra, y mientras Jesús, a quien tratamos como a un nuestro esclavo, sigue queriendo ser nuestro Amigo.

Por eso, Padre, por esta oración de Tu Hijo crucificado perdónanos también, porque *no sabemos lo que hacemos*.

¹¹⁴ Cfr. Sal 69: 21.

¹¹⁵ Cfr. Ibid.

Y cuántas cosas ignoramos, acerca de la vida espiritual. Cuántas veces ignoramos a Jesús que viene a nosotros como un Amigo. Y a cuántos les ha ocurrido que, sea en la juventud, sea en la madurez, de pronto despiertan al hecho de que Cristo desea, más que mera obediencia, simple fe o sola adoración, una verdadera amistad con Él. Y eso produce, rápidamente, una primera y efectiva conversión moral. ¡Es tan admirable y hermoso ver a alguien que, como una joven que se entera que es amada, descubre con el corazón encendido que Dios es su enamorado! Tan admirable y hermoso como ver que, tantas veces, *Dios vino a los Suyos, y los Suyos lo recibieron.*

Y sin embargo muchas veces ocurre lo mismo que en los amores humanos, en este romance divino. El amor puede enfriarse, en la misma persona que pocos años atrás centraba todo en Cristo Jesús, y había reformado su vida hasta en los detalles, con el único objeto de parecerse cada vez más a su Amigo. Puede sucederle al mismo cristiano que había hecho de la devoción su principal ocupación, que había concentrado sus capacidades, hasta su sentido estético, sus intereses, sus emociones, su entendimiento, únicamente en Él, que había empezado una nueva vida centrada en Él, y que había como extinguido sus pecados, casi sin un esfuerzo, en la luz de Su Presencia. Puede ocurrir en esa misma persona que, cuando comienzan a sacudirla las pruebas de la *vía purgativa*, ve que se fatigan sus ilusiones, que la madurez enfría los ardientes entusiasmos de la adolescencia, y que la rutina mundana reitera su pretensión de ser el único objeto adecuado de consideración. Esa persona, poco a poco, en lugar de agarrarse más fuerte que nunca a su Amigo, en vez de afirmarse en una fe casi desesperada, en vez de sostenerse en esa que ha sido la experiencia más real y vital de su vida, en lugar de tratar de transferir la imagen de Jesús, desde ese romanticismo tal vez apagado, al estado maduro en el que se ha encontrado, en lugar de aferrarse a Él desde su debilidad, cuando las fuerzas naturales la abandonaron, por el contrario, empieza a situar semejan-

te realidad vivida entre los cuentos de hadas de la juventud, y termina por reducir la Amistad con Cristo, y a Él mismo, a una de esas ilusiones que, aunque naturales en esos años inexpertos, deben dejar lugar a las nuevas experiencias de la vida.

Y aunque todavía ve a Jesús como Dios, y como el ideal y el Salvador de los hombres, ya no lo trata como el Amante que la prefiere entre miles, como el príncipe que la despertó con un beso, y a quien en adelante ella debe enteramente pertenecer. Irá enfriándose sin mucha conciencia de ello y tal vez lamentándolo, y sintiendo allá en el fondo que hubiera sido más perfecto perseverar, y hasta envidiando a aquellos que han perseverado.

Este cristiano sabe que falló, pero no sabe cuánto, ni se da cuenta de que está renunciando a la posibilidad de ser santo, y que está dejando pasar oportunidades que pueden no volver más, y que, si no fuera por la misericordia de Dios, habría perdido ciertamente incluso la probabilidad de su salvación.

13

Cristo vuelve a Sus amigos

*“No me toques,
porque todavía no he subido al Padre”.*¹¹⁶

Durante la Semana Santa presenciamos la suprema tragedia de la historia del mundo, presentada en nuestros templos con toda la ayuda posible del arte litúrgico y simbólico. Nuestro Amigo es, ciertamente, la figura central de ese drama, rodeado de un coro de sacerdotes y soldados, mujeres y niños, enemigos y amigos, es decir por representantes de toda la familia humana de la cual Él se hizo parte, y cada uno actuando su papel y reviviendo el misterio, con un primer plano del pequeño grupo cuya silueta oscura se recorta contra la Cruz. Con esa y con otras escenas, encendidas con el resplandor de la gloria, la Iglesia quiere mostrarnos los efectos espirituales eternos de la Pasión y Muerte de Cristo.

Desde el lado divino esa historia es un triunfo; desde el lado humano, es el relato de un fracaso. Como lo es, de hecho, toda la historia del mundo a lo largo de su curso.

Uno tras otro los poderes seculares se enfrentaron a Él, y, por más que hayan tenido al principio intereses antagónicos, terminaron muy amigos uniéndose contra Él: el Nacionalismo que niega la unidad de la Familia humana; el Imperialismo que niega la unidad de la Familia divina; y, por último, la Religión mundana que niega el recurso a lo sobrenatural y la trascen-

¹¹⁶ Jn. 20: 17.

dencia de Dios. Herodes, Pilato y Caifás juntos, al final, frente a Jesús, el común enemigo.

Esta es la tragedia del mundo, que Él “*vino a los Suyos, y los Suyos no lo recibieron*”,¹¹⁷ y hasta, como un insulto final, sellaron la piedra y pusieron custodios. No por temor a que Cristo resucitara (¡para ellos los milagros no existen!), sino por temor a que sus desacreditados discípulos pretendan que así sucedió, y vuelvan a alterar la paz del mundo con otro fraude religioso.

Pero dejémoslos, si quieren seguir con sus explicaciones. Lo que nos interesa ahora no es tanto el momento en que Cristo *pondrá a Sus enemigos bajo sus pies*,¹¹⁸ sino más bien el momento en que Cristo volverá a reunirse con Sus amigos; el del reencuentro con Cristo como el Amigo divino en quien hemos confiado y que no nos ha decepcionado; el que, quieran o no, va a manifestarse a todos al final de la Historia.

Tratemos de recorrer ese camino a través de los ojos de una persona que es, tal vez, la más humilde de todos Sus amigos, la menos dotada de esa serena lucidez de María la Madre, o de esa confianza increíblemente tranquila del *discípulo amado*. De aquélla que, a pesar de sus pecados contra la Voz interior e incluso contra de la decencia del mundo, al menos *amó mucho*, y, también, *hizo lo que pudo*,¹¹⁹ dos simples virtudes a las que puede aspirar aún el más pequeño de Sus amigos.

Tres grandes momentos colmaron de una emoción insuperable la vida de María Magdalena, desde el día en que la llevaron a Jesús. Y en ellos su esperanza fue primero elevada al cielo, y luego precipitada hasta el borde mismo del infierno.

(i) En primer lugar, Cristo la recibe y perdona. La escena se ha reproducido una y otra vez en el arte y la literatura. Largas

¹¹⁷ Jn. 1: 11.

¹¹⁸ Cfr I Cor. 15:25

¹¹⁹ Cfr Lc. 7: 37 ss.

mesas están dispuestas sobre la plataforma colocada frente a la calle, y los invitados están sentados. Con Sus pies aún polvorientos de tanto andar esos caminos, Su cabello seco y enredado con el viento, está también ahí el Amigo de todo el mundo, el joven carpintero que vino del norte. Fue invitado no tanto para ser honrado como para ser conocido y estudiado, ya que se hizo famoso en algunos ambientes. También están los grandes doctores de la ley, hombres de aspecto venerable, serios y prudentes, conversando vivamente entre ellos o con el anfitrión. Los sirvientes van y vienen, entran y salen, trayendo los platos y sirviendo el vino.

Y ahí viene por la calle la marginada, muy penitente pero no perdonada, sobre los hombros su cabellera larga y desordenada, la ropa fina pero desarreglada, un pote de perfume en sus manos. Llega pensando que tal vez esta es su última oportunidad de ver a Jesús. Quiere una mirada compasiva de parte de Aquél que ya una vez puso en ella unos ojos penetrantes y muy amables.

Lo demás fue rápido. Casi antes de que los servidores lo noten, ella está en el piso a los pies de Jesús, gimiendo suavemente en su miseria, observada una vez más por esa mirada especial de los ojos divinos. Un gran silencio cae sobre ellos mientras ella, sólo pendiente de lo que está haciendo, inclina su cabeza y deja caer lágrimas sobre los pies de Jesús. Como sorprendida por lo que está haciendo, empieza a secarlos apuradamente con su largo cabello, y luego, como compensando esas lágrimas, abre el frasco y el perfume de nardo lo llena todo. Mientras, en los lugares de honor del banquete se dejan oír mundanos comentarios.

Jesús levanta la cabeza, y con un par de frases alcanza:

- Ustedes ven esta mujer. Al menos ella ha hecho lo que tú, mi anfitrión, no hiciste. Ella amó mucho. Por eso sus pecados ya

*están perdonados. Levántate, mi hija y mi amiga. Anda, y no peques más.*¹²⁰

(ii) Recordando vivamente todo esto, al mirar hacia atrás unos meses más tarde, meses de una nueva vida, limpia y dulce por fin, ella sufre ahora, entre angustias y esperanzas, mientras sigue, paso a paso, los tormentos y la desgracia de aquel que la había absuelto y la había llenado de esperanza. Ella ha seguido desde el amanecer cada detalle de Su sufrimiento, entre esa la multitud rugiente, escuchando lo que hablaban y reían a su lado mientras Él, su Amigo, aparecía en los primeros escalones. Lo vio envuelto en el manto roto del soldado, con la caña en sus manos atadas y esa burla hecha de espinas en Su cabeza. Escuchó en silencio la dolorosa bofetada del horror...

Y lo siguió por las calles, saliendo fuera de la ciudad, subiendo la colina. Hasta que todo estuvo consumado. Y cuando Él quedó allí colgado, desnudo, humillado y torturado, y los soldados abrieron finalmente el cerco y se mezclaron con la gente, ella avanzó a duras penas hasta el pie de ese tronco impresionante, una vez más *haciendo lo que podía...* Una vez más lavaba los pies con sus lágrimas. Y allí, fluyendo juntos hacia el suelo, brotaba una vertiente más dulce que cualquiera de las que bañan el Paraíso: las lágrimas del pecador perdonado en la sangre del Salvador.

¡Cómo debe haber esperado, contra toda esperanza, que el drama no terminara tan trágicamente! Ya lo había visto antes en manos de enemigos y se había librado. Incluso ahora, mientras permanecía agachada al pie de la Cruz, no era demasiado tarde. ¡Todavía no estaba muerto! ¿Dónde estaban esas legiones de Ángeles de las cuales Él había hablado? Y, sobre todo, ¿dónde estaba ese Poder divino que la había consolado, un poder tan evidentemente sobrehumano e ilimitado? Al escuchar el rugido de la multitud: "*Si eres el hijo de Dios, baja de*

¹²⁰ Cfr. Lc. 7: 36 ss.

la Cruz y te creeremos",¹²¹ cómo habrá clavado su mirada en ese rostro silencioso y atormentado que, con los ojos cerrados, se recortaba contra el cielo.

Y más aún, cuando ese rugido fue acallándose y de las dos cruces a los lados se escuchó el clamor de esos dos hombres que, a causa de su miseria, podían hacer el reclamo supremo al Amigo de los pecadores, cuando vino de ellos el mismo grito de auxilio con esa terrible expresión: "*Si eres el Cristo, sálvate a ti mismo ...y a nosotros*"¹²², en ese preciso momento seguramente su corazón dio un brinco de esperanza: ¡ahora sí, Él iría a responder! ¡Ahora sí ese Poder se iba a reivindicar, aunque fuera a último momento, los clavos se convertirían en perlas y al árbol de la Cruz se lo vería florecer, y Él, su Amigo, otra vez radiante, bajaría de Su pedestal para recibir la adoración del mundo!

Mientras estaba allí de pie, buscando en María y en Juan una mirada de aliento, tal vez volvió a mirar a Jesús susurrando en su agonía: *ya que verdaderamente eres el Cristo, sálvate a Ti mismo, ...y a mí.*¹²³

*"Jesús gritó con voz fuerte, y exhaló Su espíritu."*¹²⁴

(iii) Hay una cosa que le queda por hacer. Jesús, el que la perdonó, se fue. Su rey está muerto. Pero queda todavía lo suficiente de su Amigo como para seguir llorándolo y acompañándolo. Y hasta para disfrutarlo, ya que no hay llanto que ahogue la alegría más profunda. Y una vez más ella, que *amó mucho, hace lo que puede*. Por última vez lo lavó con sus lágrimas y vio los óleos derramados sobre Su cuerpo inerte, y vio la piedra rodar sobre esa profunda oscuridad, la que envuelve desde ahora eso que para siempre hará de ese jardín su santuario de amistad.

¹²¹ Mt. 27,40

¹²² Lc. 23:39

¹²³ Cfr. *ibid.*

¹²⁴ Mt. 27: 50.

Más tarde, después de una noche y un día y una noche, ella viene en la madrugada para visitar su santuario.

El mundo le quitó toda felicidad. No sólo se tornaron imposibles para ella las alegrías del mundo, sino que incluso ese glorioso hallazgo de fe y esperanza y amor se le ha ensombrecido y eclipsado, desde el momento en que Aquel que lo había encendido demostró ser incapaz de salvarse a Sí mismo.

Sin embargo, hay una cosa que nunca le podrá ser quitada, y es el recuerdo de una amistad tan entrañable que se le hace un suplicio. Pero es una amistad perdurable. Porque mientras ella tenga el jardín donde yace Su cuerpo, ella está contenta de seguir viviendo. Aquí ella puede venir cada semana como al santuario de un Dios; puede ver transcurrir las estaciones, y los pastos rodear la tumba. Ella todavía posee algo más querido que todo lo que alguna vez amó en el mundo.

Ella va a verlo, esa mañana, por última vez. Camina rápidamente, muy silenciosa, teniendo en sus manos una vez más los perfumes para ungirlo. Y es entonces que, para coronar sus disgustos, ve que la piedra que cerraba la tumba no está, y que la losa de adentro, apenas iluminada, está vacía. Desesperada, no le interesan los ángeles que descubre a través de las lágrimas. Ni los ángeles pueden consolarla por la pérdida del cuerpo del Amigo.

- "*¡Se han llevado a mi Señor,*" solloza, "*y no sé dónde lo han puesto!*"¹²⁵ Alguien avanza atrás de ella; y ella, *pensando que era el jardinero*, vuelca el mismo lamento de su roto corazón sobre ese desconocido: "*Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo iré a buscarlo.*"

"*¡María!*"

"*¡Rabboni!*"¹²⁶

Pero todavía hay una lección más para ella.

¹²⁵ Jn. 20:13.

¹²⁶ Jn. 20: 13-16.

Sin poder decir palabra, se abalanza hacia esos pies que conocía bien, como para asegurarse hasta tocándolos que eran los mismos pies que había besado en la casa del fariseo y en la Cruz del Calvario. Que era Él mismo, y no un fantasma.

- *"No me toques, porque todavía no he subido al Padre"*¹²⁷

No me toques. Esa amistad ya no es lo que era. Es infinitamente superior. No es lo que era, ya que desaparecieron las limitaciones de esa Humanidad sagrada, por ejemplo el estar aquí y no allí, el sufrir y cansarse, y tener hambre, y llorar, limitaciones que atraían a los que lo amaban ya que podían atenderlo, consolarlo, sostenerlo.

Pero no se había consumado aún su total elevación en la Gloria: *Todavía no he subido a Mi Padre.* Todavía no había tenido lugar Su Ascensión a través de la jerarquía de los Cielos, desde la posición *"un poco inferior a los Ángeles"*¹²⁸ hasta la Coronación a la derecha de la divina Majestad, esa elevación cuya confirmación es la venida del Espíritu Santo, y cuyo resultado es la presencia Sacramental de esa misma Humanidad en todos los altares del mundo.

Y entonces, María, la amistad *se te dará en muy buena medida, rebosante.*¹²⁹ Entonces, lo que conociste en la tierra limitado por el tiempo y el espacio se te dará otra vez, incluso para la vista y el tacto, y tu Amigo volverá a ser tu Amigo. El Creador de la naturaleza estará presente en esa naturaleza, ya sin sus limitaciones. Quien asumió la humanidad estará presente en Su Humanidad. Quien habló sobre la tierra *"como quien tiene autoridad"*¹³⁰ hablará nuevamente en el mismo tono. Quien sanaba a los enfermos los sanará en la Puerta llamada Hermosa. Quien resucitó a los muertos resucitará a Dorcas en Joppa¹³¹.

¹²⁷ Jn. 20: 17.

¹²⁸ Sal 8: 5.

¹²⁹ Cfr. Lc. 6: 38.

¹³⁰ Mt. 7: 29.

¹³¹ Cfr. Hch. 9: 36-43.

Quien llamó a Pedro en Galilea, llamará a Pablo en Damasco. Volverá a ser el Amigo, como nunca antes: una criatura ejerciendo el poder del Creador: un Creador lleno de simpatía hacia la criatura; Dios sufriendo en la tierra, y el Hombre reinando en el Cielo. Pero un Amigo, el primero y el último, de un extremo al otro; un Amigo que se entregó hasta la muerte, en el acto de humildad de toda amistad, y que resucitó y reina en su Poder eterno.

14

Vivir con el Amigo

“Jesucristo... ayer, hoy y por los siglos”¹³²,

Si hemos considerado a Jesucristo como nuestro Amigo, recordemos brevemente lo que significa Su entrega por nosotros.

Primero, es el Amigo interior que nos ilumina, como una luz que primero nos ciega y luego enciende esos ojos que lo contemplan como para que ellos también brillen con el que es la Luz del mundo.

Pero esa amistad interior es solo una parte de lo que Él nos ofrece. Porque así como vino hace más de dos mil años al gran escenario de la Historia, hoy sigue presente en ella. El Cristo que está dentro de nosotros clama a ese Cristo exterior, para que Él sea todo en todos.

Así, Él vive en el Sacramento de Su amor como nuestro Amigo, nuestro Sacrificio y nuestro Alimento, todo por nuestra amistad.

Luego Él vive, de otro modo, en Su Iglesia en la tierra. El que la escucha lo escucha, y el que la desprecia lo desprecia a Él, ya que ella es el Cuerpo que Él anima. Ella tiene *“la mente de Cristo”*¹³³, habla (como Él lo hizo) *como quien tiene autoridad*,¹³⁴ y realiza incluso *obras mayores*¹³⁵ que las que Él hizo

¹³² Heb. 13, 8.

¹³³ Cfr I Cor. 2:16

¹³⁴ Cfr. Mt. 7: 29.

¹³⁵ Cfr. Jn. 1: 50.

porque *Él subió al Padre*¹³⁶ y por lo tanto puede vivir en ella. En ella Sus amigos escuchan a los *labios* de su Cabeza. Porque es a esta Cabeza humana a quien *el Buen Pastor* encomendó el *pastoreo* de Su rebaño, a quien la *Puerta* ha confiado *las llaves*; a quien el *Fundamento* llamó *la Roca*.¹³⁷

Luego, en otro modo vive en Sus Santos y sobre todos ellos en Su santísima Madre. A estos elegidos Amigos de Dios acudimos para aprender lo que es esta Amistad. A su madre, para aprender acerca de su Hijo; a la Reina del Cielo, para aprender las disposiciones del Rey.

También vive en Sus queridos pecadores; en aquellos que desde su oscuridad nos muestran la luz que hay en aquellos que, llorando en el desierto del pecado, buscan al Pastor que viene a buscarlas.

Y vive también, por representación, en "el *menor* de sus hermanos",¹³⁸ a quien Él envía a mendigar y a pasar hambre en Su Nombre. Él está en esos hombres de apariencia ordinaria, pero que están hechos a Su imagen y que, al parecerse al que se llama a Sí mismo Él Hijo del Hombre, son verdaderos representantes Suyos.

Y vive en el que sufre, y en los niños. Y está en la tarea cotidiana y rutinaria. Y en la luz del sol y en la suave brisa, en la tormenta y en la calma, en los diminutos rincones de la tierra y el esplendor ilimitado de espacio; en el grano de arena al igual que en el sol; en el rocío de la mañana y en la inmensidad del mar.

No hay un pensamiento ni una sensibilidad sin la Presencia de Cristo. No hay una actividad posible al hombre en la que no está presente el "*hijo del carpintero*"¹³⁹, en el corazón de la madera, en la piedra, en lo que sea. Cuanto más minuciosa es

¹³⁶ Cfr. Jn. 20: 17.

¹³⁷ Cfr. Mt. 16: 18.

¹³⁸ Mt. 25: 40.

¹³⁹ Mt. 13: 55.

nuestra búsqueda, más delicada es Su presencia. Cuanto más amplia nuestra visión, más ilimitado es su Poder.

Y así vamos por la vida, entre un centenar de infidelidades y mil desatinos, con abiertos desafíos y secretos pecados, pero siguiendo a Cristo como Pedro lo siguió, sea a través de los resplandores del Sumo Sacerdote, o en la penumbra de la penitencia donde siempre brillan Sus divinos ojos. Y mientras avanzamos, como Magdalena, cegados por nuestro propio dolor, hacia el éxtasis de Su alegría, pensando encontrarlo muerto, con la esperanza de vivir de Su recuerdo, en lugar de confiar en que Él está vivo y de buscarlo en ese Hoy en el que Él está aún más que ayer, poco a poco descubrimos que no hay jardín donde Él no ande, no hay puertas que puedan encerrarlo, no hay ningún camino donde nuestros corazones no puedan arder en Su compañía.

Y al encontrarlo cada vez más fuera de nosotros, en los ojos de los que amamos, en la Voz que nos enseña, en la lanza que nos atraviesa, en los amigos que nos traicionan, y en la tumba que nos espera, así como lo encontramos en Sus Sacramentos, en Sus Santos, en todas esas cosas maravillosas que Él mismo preparó para encontrarnos con Él, en seguida lo encontramos más y más dentro de nosotros, envuelto en cada fibra de nuestra vida, actuando en cada lindo recuerdo, latiendo en lo más profundo de ese corazón nuestro que parece querer ignorarlo.

Así, pues, Él afirma su dominio en cada una de nuestras capacidades, reclamando una por una las potencias que habíamos pensado que eran exclusivamente nuestras. Para nuestra inteligencia, Él es el más perfecto. Para nuestra imaginación, Él es nuestro sueño hecho realidad. Para nuestras esperanzas, Él es la mejor recompensa. Hasta que, por fin, cultivando Su gracia hacia la gloria, llegaremos a ser totalmente Suyos. Ningún pensamiento quedará separado de la sabiduría divina. Ningún acto de amor podrá vibrar separado del Sagrado Corazón. Nuestra voluntad será totalmente Suya.

*Para mí, entonces, vivir es Cristo; y morir una ganancia.¹⁴⁰
Porque ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí.¹⁴¹
Mi Amigo es mío, por fin. Y yo soy Suyo.*

¹⁴⁰ Fil. I: 21.

¹⁴¹ Gal. 2: 20.

Temas

	Presentación del Autor.....	5
1	Descubriendo al Cristo Amigo	7
2	Respondiendo al Cristo Amigo ...	15
3	Haciendo lugar a Jesús	21
4	Iluminados por Cristo	29
5	Cristo en la Eucaristía	37
6	Cristo en la Iglesia	45
7	Cristo en Su Sacerdote	53
8	Cristo en los Santos	61
9	Cristo en el Pecador	69
10	Cristo en los demás	75
11	Cristo en el que sufre	81
12	Nuestro Amigo Crucificado.....	87
13	Cristo vuelve a Sus amigos.....	95
14	Vivir con el Amigo.....	103

